

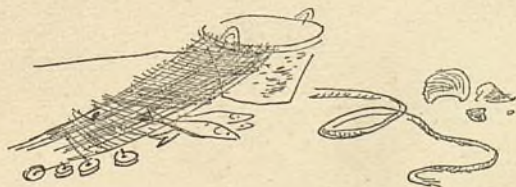
HORA DE ESPAÑA

REVISTA MENSUAL

X

SUMARIO:

ENSAYOS DE ANTONIO MACHADO, MAXIMO JOSE KAHN Y RAMON GAYA. POEMA DE TRISTAN TZARA. UNA NARRACION DE LUIS CERNUDA, NOTAS DE MARGARITA NELKEN, ANTONIO SANCHEZ BARBUDO Y MARIA ZAMBRANO. TRES CANTOS EN EL DESTIERRO, DE EMILIO PRADOS.



Viñetas de Ramón Gaya. Valencia, Octubre, 1937.

ENSAYO
POESÍA
CRÍTICA

HORA
DE
ESPAÑA

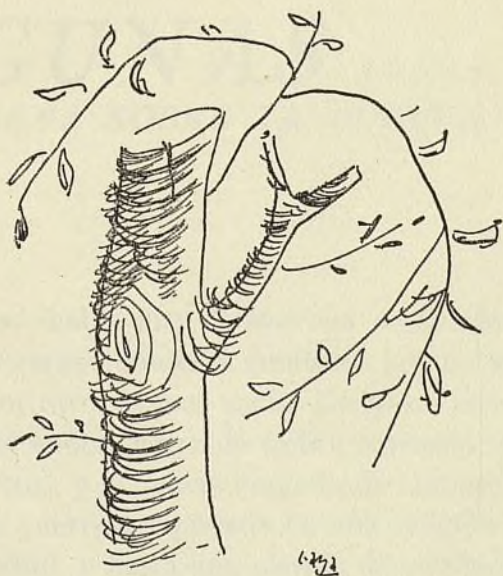


HORA
DE
ESPAÑA

Tipografía Moderna, Avellanas, 9 - Teléfono 11062 - Valencia.

Ayuntamiento de Madrid

ENSAYOS
POESIA
CRITICA



AL SERVICIO
DE LA CAUSA POPULAR



ALGUNAS IDEAS DE JUAN DE MAIRENA SOBRE LA GUERRA Y LA PAZ

I

Algún día—habla Juan de Mairena a sus alumnos—pudiéramos encontrarnos con esta dualidad: por un lado, la guerra, inevitable, por otro, la paz, vacía. Dicho en otra forma: cuando la paz esté hueca, horra de todo contenido religioso, metafísico, ético, etc., y la guerra cargada de razones polémicas, de motivos para guerrear, apoyada en una religión y una metafísica y una moral, y hasta una ciencia de combate, ¿qué podrá la paz contra la guerra? El pacifismo entonces sólo querrá decir: miedo a los terribles estragos de la guerra. La guerra, *matribus detestata*, tendrá de su parte a todos los hombres animosos, frente a una paz sólo acompañada por el miedo. En mala compañía irá entonces la paz. Os juro que no quisiera alcanzar esos tiempos.

*

Algún día—habla Juan de Mairena, cinco años antes de estallar la guerra mundial—irá Europa a una guerra de proporciones incalculables; porque todas, o casi todas, las naciones de Europa son entidades polémicas, como si dijéramos: gallos con espolones afilados cuya misión es pelear. Todas se definen como potencias—de primero, segundo, o tercer orden—, el culto al poder es común a todas. Y, más que al disfrute del poder, a su ejercicio, a la tensión del esfuerzo combativo por el cual tiende a evaluarse la calidad humana en el mundo occidental. El *struggle-for-life* darwiniano se ha ido convirtiendo en un *vivir para pelear* que declara superfluas todas las actividades de la paz.

Que esto sea un hecho, amigos míos, no quiere decir que existan razones absolutas para aceptarlo como norma de conducta universal. Por lo demás, no todos los pueblos, ni todas las civilizaciones, han gustado de enaltecer al *boxer*, al hombre de pelea que se prepara para romperle alegremente el esternón a su prójimo; de modo que el hecho mismo es más limitado de lo que se cree.

Son los ingleses, acaso, quienes más han contribuído a dar esta bélica tonalidad, esta tensión polémica al mundo occidental. Reconozcamos, sin embargo, que ellos lo han hecho con cierta elegancia y—me atreveré a decirlo—no sin cierta inocencia. Pueblo naturalmente de presa, el anglo-sajón, necesitado de vastos dominios para poder vivir con algún decoro en su archipiélago nada pródigo en mantenencias, no podía ser un pueblo contemplativo, estático y renunciador; pero ha logrado ser—reconozcámoslo—algo más que pirata y dominador. El ha creado formas de convivencia humana muy aceptables, que palian y cohonestan—en apariencia, al menos—el *bellum omnium contra omnes*, de Hobbes. Sobre una base agnós-

tica y escéptica—un escepticismo de corto radio, que no agota nunca el contenido negativo de sus premisas—él ha creado esa flor de la política occidental, el liberalismo, hoy en quiebra, un equilibrio dinámico de combate, que concede al adversario el máximo de derechos compatible con la intangibilidad del cimiento económico y social de un imperio. El mar y la Biblia han hecho lo demás para que fuese el inglés un tipo humano bastante recomendable, que algún día será en el mundo objeto de nostalgia.

Pronto asistiremos—añade proféticamente Juan de Mairena—al ocaso de Inglaterra, que enseñó a boxear al occidente, a mantenerse en perfecta disponibilidad polémica. Asistiremos a un rápido descenso de Inglaterra, debido, en parte, a que algunos pueblos de oriente han aprendido demasiado bien sus lecciones, en parte a que en Europa misma la concepción bélico-dinámica del mundo ha sido desmesurada por el genio metafísico de los alemanes. Algo también—todo hay que decirlo—a causa de la incapacidad de los alemanes para la convivencia pacífica con otros pueblos, que sacará a Inglaterra, necesariamente, de su *splendid isolation*.

*

Reparad en que los alemanes han contribuido en proporción enorme a crear en el mundo un estado de paz agresiva tan lamentable como la guerra misma, dominado por un concepto de rivalidad mucho más nociva que el mero campeonismo inglés, no exento de caballería generosa. Ellos han buscado por encima de todo la razón metafísica (buscádola digo, sin encontrarla, claro es) que permita a un pueblo vivir para el exterminio de los demás. Ellos han creado, algo peor, han nacionalizado ese sentido de la tierra irremediablemente

combativo, esa jactancia de grupo zoológico privilegiado, que hoy envenena y divide a Europa, y que mañana pretenderá agruparla en una más vasta entidad no menos polémica, cuando la palabra Occidente suene en nuestros oídos como grito de bandera para las *guerras de color*, intercontinentales, que la misma Europa, si Dios no lo remedia, habrá desencadenado.

Es deseable, en efecto (añadía Mairena) que el Imperio alemán sea destruido en la próxima guerra y ello en beneficio de los mismos grupos germánicos que lo integran. Porque la Alemania imperial, prusianizada, tiende fatalmente a declarar superflua su admirable tradición de cultura, para quedarse a solas con su voluntad de poder, como ella dice, amenazando al mundo entero, y no menos del mundo entero amenazada y aborrecida.

La verdad es que Zaratustra, por su jactancia ético-biológica y por su tono destemplado y violento, está pintiparado para un puntapié en el bajo vientre, que le obligue a ceder el campo a otros maestros más hondamente humanos, que la misma Alemania, puede producir, a otros maestros que nos enseñen a contemplar, a meditar, a renunciar...

II

Los futuros maestros de la paz, si algún día aparecen (sigue hablando Mairena) no serán, claro está, propugnadores de ligas pacifistas entre entidades polémicas. Ni siquiera nos hablarán de paz, convencidos de que una paz entre matones de oficio es mucho más abominable que la guerra misma. Ni habrán de perseguir la paz como un fin deseable sobre todas las cosas. ¿Qué sentido puede tener esto? Pero serán maestros cuyo consejo, cuyo ejemplo y cuya enseñanza no podrán im-

pulsarnos a pelear, sino por causas justas, si estas causas existen, lo que esos maestros siempre pondrán en duda.

¿Pensáis vosotros que de una *clase* como ésta puede salir nadie dispuesto a pelearse con su vecino, y mucho menos por motivos triviales? Perdonad que me cite y proponga como ejemplo: no encuentro otro más a mano. Reparad en que cuando yo elogio cosas o personas que dejan mucho que desear, como en el caso mío, no elogio ni estas cosas ni a estas personas, sino las ideas trascendentes de que ellas son copias borrosas, que pueden aclararse, o imperfectas y, por ende, perfectibles.

Reparad en mi enseñanza. Yo os enseño, o pretendo enseñaros, a contemplar. ¿El qué?, me diréis. El cielo y sus estrellas, y la mar y el campo, y las ideas mismas, y la conducta de los hombres. A crear la distancia en este continuo abigarrado de que somos parte, esa distancia sin la cual los ojos—cualesquiera ojos—no habrían de servirnos para nada. He aquí una actividad esencialísima que por venturoso azar es incompatible con la guerra.

Yo os enseño, o pretendo enseñaros, a meditar sobre todas las cosas contempladas, y sobre vuestras mismas meditaciones. La paz se nos sigue dando por añadidura.

Yo os enseño, o pretendo enseñaros, a renunciar a las tres cuartas partes de las cosas que se consideran necesarias. Y no por el gusto de someteros a ejercicios ascéticos o a privaciones que os sean compensadas en paraísos futuros, sino para que aprendáis por vosotros mismos cuánto más limitado es de lo que se piensa el ámbito de lo necesario, cuánto más amplio, por ende, el de la libertad humana, y en qué sentido puede afirmarse que la grandeza del hombre ha de medirse por su capacidad de renunciación. Espero que de esta enseñanza mía tampoco habréis de sacar ninguna consecuencia batallona.

Yo enseño, o pretendo enseñaros, a trabajar sin hurtar el cuerpo a las faenas más duras, pero libres de la jactancia del trabajador y de la superstición del trabajo. La superstición del trabajo consiste en pensar que el trabajo es por sí mismo valioso, y en tal grado que, si los fines que el trabajo persigue pudieran realizarse sin él, tendríamos motivo de pesadumbre. Contra tamaño error de esclavos os he puesto muchas veces en guardia. Que vuestro culto al trabajo sea el culto a Hércules, a un semidiós, no a una plena deidad, porque los dioses propiamente dichos no trabajan. Merced a mi enseñanza, amigos míos, la palabra *huelga*, que tanto viene resonando en nuestro siglo—acaso sea ella la gran palabra de nuestro siglo—ha de perder en vuestros labios, si alguna vez la proferís, parte de su carácter polémico para revelar su más honda significación: tregua a las actividades necesarias para los capaces de actividades libres. ¡Paz a los hombres de buena voluntad!

Yo os enseño, o pretendo enseñaros, oh amigos queridos, el amor a la filosofía de los antiguos griegos, hombres de agilidad mental ya desusada, y el respeto a la sabiduría oriental, mucho más honda que la nuestra y de mucho más largo radio metafísico. Ni la una ni la otra podrán induciros a pelear; ambas, en cambio, os harán perder el miedo al pensamiento, mostrándoos hasta qué punto la mera espontaneidad pensante, bien conducida, puede ser fecunda en el hombre.

Yo os enseño o pretendo enseñaros a que dudéis de todo: de lo humano y de lo divino, sin excluir vuestra propia existencia como objeto de duda, con lo cual iréis más allá que Descartes. Descartes tenía enorme talento; ninguno de nosotros le llegará nunca al zancajo. Pero nosotros podemos pensar mejor que Descartes, porque las pocas centurias que nos separan de él nos han hecho ver claramente que su célebre

cogito ergo sum, que deduce el existir del pensar, después de haber hecho del pensamiento un instrumento de duda, de posible negación de toda existencia, es lógicamente inaceptable, una verdadera birria lógica, digámoslo con todo respeto.

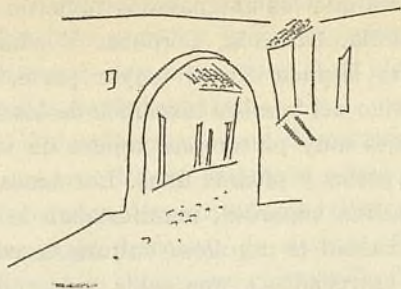
Claro es que Descartes—en el fondo—no deduce la existencia del pensamiento, el *sunt* del *cogito*, mucho menos del *dubito*, sino de todo lo contrario: de lo que él llama *representaciones claras y distintas*, es decir, de las cosas que él reputa evidentes—no sabemos por qué—entre las cuales incluye la substancia, que sería la existencia misma. Aquí ya no hay contradicción, sino lo que suele llamarse círculo vicioso o viaje para el cual no hacen falta alforjas.

Fué Cartesio—creo haberlo demostrado más de una vez—un gran matemático que padecía el error propio de su oficio: la creencia en la indubitabilidad de la matemática y en la claridad de sus proposiciones, sin reparar en que si el hombre no pudiera dudar de la matemática, es decir de su propio pensamiento, no hubiera dudado nunca de nada. De tamaño error, el más grave de la filosofía occidental, desde Platón a Kant, está perfectamente limpia mi modesta enseñanza. Yo os enseño una duda sincera, nada metódica, por ende, pues si yo tuviera un método, tendría un camino conducente a la verdad y mi duda sería pura simulación. Yo os enseño una duda integral, que no puede excluirse a sí misma, dejar de convertirse en objeto de duda, con lo cual os señalo la única posible salida del lóbrego callejón del escepticismo. Espero que de esta enseñanza no habréis de salir armados para la camorra.

Yo os enseño—en fin—o pretendo enseñaros, el amor al prójimo y al distante, al semejante y al diferente y un amor que exceda un poco al que os profesáis a vosotros mismos, que pudiera ser insuficiente.

No diréis, amigos míos, que os preparo en modo alguno para la guerra, ni que a ella os azuzo y animo como anticipado jaleador de vuestras hazañas. Contra el célebre latinajo, yo enseño: *si quieres paz, prepárate a vivir en paz con todo el mundo*. Mas si la guerra viene, porque no está en vuestra mano evitarla, ¿qué será de nosotros—me diréis—los preparados para la paz? Os contesto: si la guerra viene vosotros tomaréis partido sin vacilar por los mejores, que nunca serán los que la hayan provocado, y al lado de ellos sabréis morir con una elegancia de que nunca serán capaces los hombres de vocación batallona.

ANTONIO MACHADO.



SALONICA, SEFARDITA

LA VIDA

Siento no haber conocido Salónica hace veinticinco años, cuando aun era turca y cuando los antiguos barrios sefarditas de la ciudad no estaban destruídos todavía por aquel terrible incendio de 1917 que parece haber sido provocado por un enemigo de los israelitas y cuya extinción fué imposibilitada por un general, antijudío también.

Entonces, hace un *cuarto* de siglo, la estructura íntima de Salónica guardaba aún los rasgos estéticos que la determinaron hace *cuatro* siglos, hace cuatro siglos, cuando los judíos sefarditas, expulsados de la Península *Pirinaica*, transformaron, después de haber obtenido el permiso del Sultán Bayacet II de establecerse en la Península *Balcánica*, el pequeño lugar turco en una opulenta urbe hispánica.

80.000 judíos vivían en Salónica cuando el 26 de octubre de 1912 entraron las tropas griegas para incorporar la ciudad, que en total tenía unos 130.000 habitantes, definitivamente al dominio heleno.

La posesión turca, que pasó entonces a manos de los griegos, era una ciudad española y judía, dividida en barrios que correspondían a las diferentes regiones de España. Se vivía en casas erigidas durante el si-

glo xvi al estilo de las que los antepasados tuvieron que abandonar en Segovia, Toledo, Sevilla, Granada, Córdoba. Y edificaciones algo más modernas, de madera labrada en su mayor parte, enunciaron igualmente el gusto sensitivo del hombre hispánico de los siglos pasados. Las mujeres llevaban trajes muy pintorescos tejidos de valiosísimo material y adornados de oro, perlas y piedras finas. Los senos, apenas envueltos en una gaza de muselina vaporosa, manifestaban la voluntad firme de procrear hasta la eternidad la orgullosa cultura heredada. Los hombres estaban plenamente entregados a una sabia vida religiosa. El Sábado, nadie trabajaba. El Sábado, el comercio de Salónica estaba cerrado, y las sinagogas repletas. El Sábado, Salónica entera celebraba con la dignidad del español y la devoción del judío el gran día de la abstinencia productiva.

El espíritu griego se posesionó de Salónica. En agosto de 1917 devoró el incendio de una noche media ciudad, y en primer lugar las manzanas de casas habitadas por los israelitas. Las víctimas del siniestro tuvieron que buscar refugio en viviendas ajenas y en barracas que se levantaron a toda prisa. El Tratado de Lausanne de 1923 dispuso un canje de poblaciones entre Asia Menor y Grecia, y de golpe se vierte sobre Salónica una avalancha de muchos miles de refugiados indigentes. Más de una tercera parte de los sefarditas, a los que el destino había arrebatado sus bienes, la paz del hogar y la confianza puesta en el suelo natal, emigraron a Francia, Italia, Palestina, América del Sur.

La antigua Salónica española y judía se había sumergido sin dejar huellas, como se hunde un barco víctima del huracán. Quedaron los náufragos. Y la Salónica sefardita actual es la Salónica de sefarditas náufragos.

Si sus vecinos en el Estado hubieran sido, como hace veinticinco años, turcos musulmanes, no les habría costado probablemente mucho trabajo recobrar pronto su antiguo bienestar, pues los turcos tienen una debilidad sensitiva por los sefarditas, cuya actividad serena fecunda su fatalismo específico. Pero los griegos ortodoxos, que no se dejan contener por conjuros fatalistas, que no se inclinan hacia mentalidades talmúdicas y que son excelentes comerciantes, ven con recelo el poderío de los talentos judíos. Su movediza inteligencia económica les aconseja exteriorizar frente a los sefarditas un comportamiento de to-

lerancia, pero su sensitivismo y elegancia bizantinos reculan ante la inmutable serenidad ibérica de los judíos españoles. Se abre un hondo abismo psíquico entre el elemento griego y el elemento israelita de la población de Salónica contemporánea.

Y este no es el único precipicio que descuartiza Salónica. Esta ciudad de novísima construcción se encuentra surcada, como la frente de una anciana, de incisiones. Las cortaduras trituran por completo la efígie urbana. Se ven casas modernas de siete u ocho pisos, se perciben unas cuantas edificaciones viejas que el incendio dejó sin tocar, se pasa por fábricas de tabaco de gran estilo, se pueden admirar unos cuantos monumentos clásicos, se observan grandes desiertos, donde antes se levantaron composiciones multiformes y multicolores de casas—pero en vano se busca Salónica. Existen grandes proyectos de erigir una impresionante y moderna capital de Macedonia, pero hasta ahora no se ha logrado elaborar ni siquiera el esqueleto de un cuerpo orgánico y homogéneo. Y amorfo como el lugar es su vecindario, la sociedad y la vida que lleva esta sociedad. El único elemento reconciliante de la esfera saloniense, el único factor que crea un equilibrio—al menos—extrínseco de armonía entre las discrepancias, es el paisaje que engarza la ciudad: el magno Golfo del Mar Egeo, flanqueado por el Vardar y el Olimpo. Si no fuera por esta argamasa corológica, Salónica tendría que desmoronarse estéticamente.

La disonancia más estridente que obra en el ambiente de la ciudad la originan riqueza e indigencia. Parece haber pocos lugares en el mundo donde, como en este pequeño puerto griego, el dinero lo es todo. Las guerras balcánicas, el gran incendio, la crisis económica mundial, los conflictos interiores del país y la transferencia del tráfico marítimo de Salónica al puerto de Pireo, han convertido en el término de veinticinco años la pequeña urbe opulenta de unos 130.000 habitantes en una enorme villa inaparente poblada por 320.000 seres humanos. Sin exagerar se puede decir que de éstos, 50.000 son ricos, adinerados o acomodados y 280.000 pobres. Esta proporción, como tal, no es alarmante, dada la estratificación sociológica de la sociedad. Lo que en ella llama la atención es que aquellos 50.000 privilegiados representan el elemento vital de la ciudad, mientras que la masa restante es casi inexistente. La gran mayoría del proletariado saloniense vive de pan,

calabacín, unos tomates, unas cuantas aceitunas, mucho ajo y un vaso de vino resinado al día. Hay carbón en Grecia y de buena calidad; pero el pueblo no tiene dinero para comprarlo. Y ni siquiera actualmente, después de haber sido aumentados por Metaxas los sueldos y salarios.

Del idioma turco se ha conservado en Salónica la palabra «parás», para designar dinero, fortuna. Donde no se encuentra «parás», no existe derecho a la vida. Se es cuando se tiene, y cuando se tiene se es cuanto se tiene. Todo el mundo sabe que «parás» no hace feliz, pero se prefiere incluso ser infeliz con «parás» a ser feliz sin «parás». Pues la felicidad saloniciense se adquiere reconociéndola los demás, y éstos no la reconocen sin «parás». Ahora bien, este fenómeno, funesto desde el punto de vista sociológico, encuentra una explicación en la esfera—por así decirlo—mágica.

El aspecto social que ofrece el cuadro de la población sefardita es algo más favorable que el que presenta el vecindario saloniciense en total. El judaísmo no permite contrastes tan catastróficos entre rico y pobre. En Salónica viven actualmente unos 55.000 judíos españoles. De éstos se encuentran en plena miseria nada más que unos 30.000. Nada más... Y su miseria—de esto se hablará más adelante—es de una índole especial, específica; más psíquica que física, más moral que material, más—si es permitido decir ésto—voluntario que fatal.

La clase acomodada de los sefarditas salonicienses se compone de banqueros, joyeros, médicos, periodistas, agentes de comercio, comisionistas, consignatarios de barcos y ferrocarril, libreros y comerciantes de tejidos, maderas, cristalería con establecimientos abiertos. En virtud de las disposiciones de los Tratados que pusieron fin a la Guerra balcánica, la inmensa mayoría de los israelitas pasaron a ser súbditos griegos, y la Ley griega les concede oficialmente los mismos derechos que a los helenos ortodoxos. Sin embargo les están cerradas la carrera del Estado, la carrera militar y la universitaria.

El proletariado sefardita se gana la subsistencia en las fábricas de tabaco, en la industria sedera, en el puerto, en el pequeño comercio y en el campo.

Las tiendas y oficinas de los israelitas acomodados se apiñan, naturalmente, en el centro comercial de la ciudad, cuyas venas principales son: la calle Venizelos, la calle Tsimiskis y la calle Egnatia. Solo tre-

chos cortos de los bulevares están asfaltados; el resto tiene un pavimento rural. Dos líneas de tranvía y otras cuantas de autobuses están al servicio del tráfico público. Hay relativamente muchos taxis, pero los coches son viejos, pequeños e incómodos. Los chofers visten muy pintorescamente como cada uno quiere o puede. Tanto los tranvías como los autobuses como los taxis desarrollan grandes velocidades, velocidades modernas; pero como los vehículos son de construcción antigua y como el empedrado es malo, se abre también aquí un abismo, una desarmonía que tritura los huesos y perturba el cerebro de la víctima. Y a todo eso es silenciosa la vida de Salónica, y silenciosamente se realiza incluso este tráfico discorde. Pero esta calma no es calmante, pues tras ella se levanta la taciturnidad de la mutilación.

Los sefarditas llaman a los sefarditas: los nuestros. Bajo «los nuestros» se entiende en segundo lugar a los israelitas, en primero a los que llevan nombres españoles y hablan español; como en Salónica no hay españoles, aparte de los judíos y no hay judíos que no sean de formación española, ser judío o ser español es lo mismo.

Al primer golpe de vista no es fácil distinguir las tiendas de «los nuestros» de las tiendas griegas. Una ley griega reciente prohíbe redactar los rótulos en letras latinas y en un idioma extranjero. Hay que conocer, pues, los caracteres helenos para poder descifrar el fondo judeo-español en el rótulo griego. Pero aun conociendo bien los caracteres helenos, se experimenta un choque de verdadera perplejidad cada vez que se da tras la escritura ajena con nombres como: Benveniste, Saporta, Toledano, Abravanel, Alcalá. Siempre se cree haber descubierto el texto original de un palimpsesto.

La tienda griega es más alegre y airosa que la tienda sefardita. El sefardita salonicense perdió en el transcurso de las últimas generaciones las ganas de jugar a la vida. Las contrariedades del destino le hicieron retroceder hacia la última posición de su serenidad. El espíritu del vendedor griego es flexible, ágil y elegante; el comerciante sefardita es el «pártener» retraído de su cliente; él calcula con que el comprador—en la mayoría de los casos también sefardita—no es menos comerciante que él. El acto de la venta es una especie de discusión talmúdica entablada entre dos capacidades equivalentes que puede surtir satisfacción, pero que no conduce a sensaciones. Vendedor y comprador se portan no

como si se conociesen desde hace años, sino desde hace siglos; actúan como hombres cuyos antepasados ya negociaban el mismo asunto. Las transacciones entre sefarditas parecen no haber empezado nunca y no terminar jamás. Es como si el Destino al principio del mundo les hubiese impuesto el deber de venderse el uno al otro y como si las discusiones acerca de esta venta de sus vidas no se pudiese llevar a cabo hasta no acabar el mundo.

La tienda sefardita tiene ambiente de casa particular. Por insignificante que sea la transacción que se efectúa y por pocas que sean las palabras que se cambian en torno de ella, cada compra o venta entre sefarditas es un acto íntimo y en cierto sentido sagrado. Sagrada es la mercancía por ser partícula de la Creación; sagrado es el dinero por representar el signo de los esfuerzos que la Creación nos exige aplicar. Mercancía y dinero, los dos son símbolos. Se suele calumniar al judío por su apreciación del dinero, y no se suele ver más en este acatamiento que el afán de lograr lucros. El dinero, la mercancía, el valor material pueden ser considerados como la encarnación de todo afán de la mano de obra. Este es el motivo por qué el judío ve una especie de bendición en la riqueza y por qué el hombre rico le parece ser, en cierto sentido, bendito. La aparente sobreestimación israelita de la fortuna es, pues, menos material que moral. En el infortunio del hombre rico venido a menos se expresa para el sefardita en primera línea la condena proferida por el destino.

Es por eso que la tienda sefardita no respira aire de establecimiento oficial, sino vaho de hogar, del hogar donde se regala en vez de vender, y donde, junto con el regalo ofrecido, cambia de dueño un pedazo de existencia humana. Por alto que sea el precio que el comprador sefardita pague al vendedor sefardita, se efectúa simultáneamente con la transacción comercial un trueque, un intercambio de valores privados, humanos; por eso se dijo que una venta sefardita de mercancías se parece siempre al acto—mágico—de venderse los interesados mutuamente.

El ambiente de la tienda sefardita es cálido. Incluso los establecimientos grandes que ostentan escaparates lujosos y una arquitectura interior moderna y altiva, enuncian calor animal-humano. El comerciante sefardita desconoce la actitud reservada, el recato social del negociante griego; él se entrega al comprador, no precisamente como la

mujer al hombre o el amigo al amigo, pero, sí, como el médico de cabecera al enfermo. El dedica al cliente intereses íntimos, captura sus inclinaciones, le brinda la consolación de su presencia humana, le hace confidencias y le abre la sede de sus sentimientos. La tienda sefardita tiene algo de consultorio fuera de las horas oficiales de la consulta, cuando el médico recibe en mangas de camisa a sus amigos del Club. El comerciante sefardita desea curar las necesidades de su clientela aplicando, aparte de su saber y experiencia, su bondad. Las mangas de camisa le convierten en una especie de animal-madre, que es todo instinto maternal, instinto que se derrama en chorros cálidos y que llena su recinto de aquel perfume lerdo que caracteriza la habitación de una parida.

Las casas particulares de los sefarditas, incluso las villas situadas sobre el borde del mar y en el elegante arrabal-jardín Calamaria, tienen algo de tienda de campaña. Los muebles antiguos sucumbieron en el incendio y el moblaje nuevo es escaso, ligero y como provisional. Todo enuncia fugacidad, caducidad; hombres y objetos parecen estar dispuestos a una partida imprevista; los muros hacen la impresión como si fuesen velas flameantes, y el aire que se respira burbujea sin reposo.

Salónica ya no es tierra firme para los sefarditas. Los desengaños sufridos los privaron de aquella confianza inalterable que sus abuelos habían puesto todavía en el suelo balcánico. La gran emigración que comenzó a raíz del incendio de 1917 y que extinguió en Salónica las familias sefarditas de más brillante tradición, como los Allatini, los Misrají, los Perera, arrastró a la Colonia entera hacia un equilibrio inestable e implantó en ella un instinto febril de migración. Antes de prohibir las leyes griegas abandonar el país sin el permiso especial del Gobierno, permiso que se concede únicamente en casos excepcionales, se estaba continuamente de viaje entre Palestina, Francia y América del Sur en busca de una nueva comarca-hogar. Por el motivo indicado, actualmente ya no se realizan estos viajes, pero se llevan a cabo en la imaginación. Las personas quedan, el pensamiento emigra sobre ruedas de la intención. Y surge la nostalgia, la eterna nostalgia del sefardita que no conoce más que una sola patria verdadera: España, la vieja España que intercaló entre ella y éstos, sus hijos, crueles distancias geográficas, temporales, históricas. España se ha ido convirtiendo para los sefarditas en un Mesías, Mesías que algún día, y no lejano, se levantará para llamar a los

desterrados. Mientras tanto, los sefarditas esperan. El equipaje está hecho. Y no hay mucho inmueble que vender.

El proletariado sefardita trabaja preferentemente en las fábricas de tabaco. Sabemos que el tabaco es la materia que más riqueza proporciona a la Economía de Grecia. Pero para que la planta tabaquera represente este tesoro, es necesario que haya manos capaces de elaborarla. Hacen falta una infinidad de manipulaciones complicadas para convertir la esquiva y enjuta planta del tabaco en esa varita delicada y sensible que llamamos cigarrillo.

Nosotros hemos pasado muchas horas en las salas calurosas e impregnadas del perfume agrio de la hoja del tabaco, donde obreros y obreras sefarditas, sentados en el suelo, las piernas cruzadas, van examinando y seleccionando hoja por hoja el precioso «tuntún». Hay unos viejos que entraron en la fábrica hace cuarenta, cincuenta años, cuando eran chiquillos, y hoy ya no conocen otro mundo que el mundo del «tuntún». Las puntas de sus dedos tienen color de tabaco, son hebrerosos como la hoja tabaquera y rebosan perfume «tuntún». Las puntas de sus dedos son tan sensibles que, aun si las personas fueran ciegas, sabrían decir si la hoja parda ostenta o no manchas verdes. Su vista es tan aguda que parece saber descubrir el más ínfimo malestar psíquico de la planta seca. Y su paciencia al seleccionar las especies es tan grande y tan profunda que se obtiene la impresión como si las adormeciesen antes de entregarlas al proceso de la transubstanciación que sufre el tabaco al fermentarse. El almacén está bañado de calma, los labios de los obreros se encuentran sellados; hemos de pensar en momias egipcias. Hay muchachas jóvenes, y algunas de ellas, pocas, muy bellas. Con sus grandes ojos faraónicos se parecen como hermanas gemelas a las mujeres que trabajan en la Fábrica de Tabaco de Sevilla; solamente su mirada es más triste. Por mucho infortunio que hayan visto las obreras de Andalucía, no se puede comparar su tragedia con el dolor de la proletaria sefardita. La muchacha que ha de llegar a ser madre sin poder extraer fuerza maternal de la tierra en la que vive, es la más desgraciada de todas.

La misma emotividad fisicopsíquica de las puntas de los dedos que caracteriza el obrero sefardita tabaquero, proporciona la capacidad de tejer la seda sin dejar pasar en el telar la menor mácula. La mano sefardita posee una destreza arcana de convertir el capullo del gusano en

seda deliciosa y de acariciarla, una vez terminado el tejido, de tal modo que se parece abrir de nuevo en capullos y que empieza a florecer como florecen las perlas al contacto con el pecho de la mujer. Tejiendo seda y vistiendo seda, la bella sefardita toledana medieval bañaba su ser de un esmalte que enriqueció su desnudez sedosa natural de una desnudez artificial y artística. De esta manera la seda ha llegado a ser una encarnación de la nostalgia judía; su luz, su dulzura y sobre todo su languidez quieren ser consideradas como el manjar que precisa el alma de la sefardita para poder emanar luz, dulzura y languidez. Tejiendo seda, la obrera sefardita saloniense teje sus esperanzas.

Desafortunadamente se convirtió la paciencia de tal grado en una segunda naturaleza del proletario sefardita que también su vida particular la enuncia. Su vida particular: las viviendas, las comidas, las distracciones que se le conceden como sobras y despojos del rico Mercado de la vida. La horripilante hoguera de 1917, otro incendio intencionado del barrio judío de Campbell, crueles excesos antisemitas, la falta de trabajo y ante todo el darse cuenta de un modo masoquista de su miseria, no les arrebataron sólo sus antiguas viviendas sólidas y sagradas por la tradición histórica y familiar, sino también la esperanza de recobrar alguna vez un hogar equivalente a aquel que sucumbió, o un hogar simplemente.

El proletariado sefardita de Salónica está alojado en unos «foburgos», arrabales míseros situados en los extremos de la ciudad y compuestos de chozas, barracas y cabañas. Y ni siquiera en estas viviendas, erigidas de viejas chapas de hojalata lisa u ondulada, de endeble tablas de madera, de cartón o de cualquier otro material extraído de la basura, pueden habitar seguros o tranquilos. Como los foburgos surgieron en la periferia de la ciudad y en lugares donde el Municipio o el Estado, siguiendo el plan de la reconstrucción de Salónica, va a levantar sus edificaciones oficiales, como, por ejemplo, una nueva Estación de Ferrocarril, se procede cada momento a la expropiación de las barracas sin sustituirlas adecuadamente.

Una morada de foburgo contiene regularmente uno, dos o a lo sumo tres cuartos. Entre las mismas cuatro paredes de habitación duermen los padres, los niños, hijos mayores, parientes y algún que otro animal doméstico. Sólo rara vez se ve un jardincito o algunos tiestos de

flores. Las tablas de madera ni siquiera están pintadas de verde o rojo. No se exterioriza la menor gana de adornar la casa. Y esto es lo más trágico. Hay pobreza alegre, pobreza humilde, pobreza solemne... La pobreza de los foburgos es la pobreza de la desesperación. Los que viven aquí forman una comunidad de los sin esperanzas, saboreando la presencia de la muerte como se saborean los perfumes de una primavera. En vano buscarás belleza femenina. Las caras están amargadas, acongojadas, pesarosas. Solamente hasta los ojos no han podido llegar los estragos de la negación. Pero el brillo fascinador de estos discos de azabache convierte aún más en tumba la cara apenada.

Pocas, muy pocas de estas jóvenes obreras tienen el valor de no entregar a sus padres el pequeño sueldo que ganan, gastándoselo en unos vestiditos de seda barata. Hace falta ligereza o un esfuerzo moral enorme para vencer las pretensiones de la miseria y eludir las seducciones de la desesperación. Hay que tener respeto a unos seres que consciente o inconscientemente suprimen en sí el amor filial y que dejan de acariiciar su dolor querido para echarse en los brazos de las posibilidades. Lo que en estas heroínas inaparentes se exterioriza como egoísmo, es en realidad altruismo, un altruismo fatal al servicio de la prole.

Cada foburgo tiene su escuela, su sinagoga y a veces incluso algún hogar público. Pero a pesar de ésto, a pesar de todos los asilos, hospitales, Institutos benéficos que la Comunidad Israelita mantiene fuera de los arrabales, no es posible hacer frente a las necesidades de los 30.000 desgraciados que se apiñan en estos ghettos. Se da el caso—un caso muy raro en el judaísmo, la religión del estudio—que un porcentaje relativamente alto de estos parias no sabe ni leer ni escribir. Donde actúa la mentalidad israelita, suele extraer el analfabetismo. Pero aquí, en estos parajes de la resignación y de la renuncia, resulta impotente el gran poderío cultural judaico.

La distracción del proletario sefardita es el juego. Se juega dentro de las barracas y fuera de ellas, en los rincones que podrían ser pequeños jardines. Se juega con ahinco, pero mal, pues las preocupaciones no permiten jugar ni con perspicacia ni con suerte. La suerte es una propiedad del carácter o, al menos, un estado del ánimo. Hay que tener suerte para tener suerte. Solamente la disposición íntima para la suerte puede atraer la suerte. Hay quien dice que el juego es susceptible de

hacer olvidar las penas. Esto no es verdad. El juego puede excitar, pero no embriagar. El azar que determina la vida es el mismo que obra en el juego, comprimiéndose únicamente en formas más seductoras. Sin embargo se juega en los foburgos de Salónica. Se juega porque hay poco trabajo. El trabajo hoy día es la distracción de los ricos y la función de las máquinas.

También el sefardita rico juega. Toda Salónica está entregada al juego. La capital de Macedonia no ofrece vida espiritual. La única sede del espíritu es la Universidad, y ésta lleva una existencia isleña. Retraída, orgullosa, saturada de erudición y satisfecha de sí misma, se levanta en los altos de unas colinas al pie de la Acrópolis saloniense, sin exteriorizar afán de entregarse.

En Salónica se leen muchos periódicos, pero pocos libros. La colonia sefardita dispone de varias bibliotecas públicas, pero la lectura de sus libros queda reservada a los poquísimos eruditos profanos, a los rabinos y a los curiosos visitantes de la ciudad. Como en todas las esferas de Salónica, se abre también aquí un abismo profundo entre los pocos que sienten cargada sobre sus hombros la misión de proseguir las tradiciones y la masa de la población que, habiendo una vez aprendido a leer, no sabe para qué seguir haciéndolo.

Desde el momento de dejar de ser Salónica un puerto del Imperio otomano, orientado hacia Oriente, empezó a convertirse en un rincón retirado e idílico de la Europa periférica. Las horas que no se trabaja ni se juega, las pasa la gente viéndolas pasar; los pobres, en sus barracas o delante de ellas o en alguno de los muchísimos cafés turco-griegos, y los ricos, en sus villas, en la terraza de sus villas, en el hotel Mediterráneo o en el café Floca. Estos dos establecimientos representan el gran consuelo de los diez mil de arriba. A la sombra de su suntuosidad les es permitido olvidar que se encuentran en la Macedonia de los tabacos; extendidos en sillones de mimbre, sueñan el sueño de una gran metrópoli internacional. Sobre todo el hotel Mediterráneo es para muchos la única Salónica que conocen y que reconocen. Agrupados, según la época del año, en los salones de té, en la terraza baja, la terraza alta o la azotea, se admira, frente al mar Egeo y el Olimpo, la propia apariencia elegante, así como la del prójimo, bien centradas en la eternidad.

Llega la noche. El gran Mercado de la ciudad, cuyos puestos están casi exclusivamente en manos de los judíos españoles, cierra. Se encienden las luces; las luces de los pocos barrios viejos que aún se incrustan arriba en los restos de la muralla: las luces de los poblados que se construyeron en el otro lado del Golfo para los griegos refugiados de Asia Menor; las luces del puerto; las luces de las edificaciones modernas; las luces de los veleros anclados a lo largo del muelle. Salónica es una gran oscuridad salpicada de muchos miles de pequeñas luces doradas.

La oscuridad va empastando los abismos y cicatrizando sus labios hasta fundir la ciudad desgarrada y quebrada por las discrepancias en un cuerpo armónico.

Y sobre esta obra homogénea de la noche echa la juventud de Salónica una red de su danza. A lo largo del borde del mar se extiende una guirnalda de grandes jardines-restorantes, iluminados, ellos también, con centenares de lámparas y animados por orquestas, pianolas o gramófonos. Y en el centro de los establecimientos invita una gran plataforma de cemento pulido o parquet al baile.

Se baila con la languidez y la sensualidad con la que ondea la seda. A sorbos se van devorando los cuerpos. El día entero se estuvo esperando la hora del baile. La impaciencia ha ido alargando y multiplicando los brazos añorantes. Ahora las parejas se enroscan como con grandes tentáculos de pólipo. Y este abrazo franquea el último abismo que aun partió Salónica, el abismo entre rico y pobre. En el baile nocturno la modistilla judía, guapita por sus grandes ojos nostálgicos, elegante en su único vestido de seda bien planchado y garbosa en la desnudez de su cuerpecito sin opulencias, deja de ser pobre; cae de ella aquella propiedad que tanto odian los políticos y estadistas de los países capitalistas, que les resulta tan sumamente incómoda, que los unos consideran como una enfermedad y los otros como pura malicia: la pobreza.

Baila el mancebo sefardita con la moza que escogió de entre «los nuestros». Bailan bailes internacionales modernos, pero también bailes españoles antiguos. De vez en cuando cuchichean. Cuchichean en judeo-español, en el viejo castellano de sus antepasados, que es el

lenguaje de su intimidad. Susurran del noviazgo, de un hogar que ha de levantarse en algún lado. No tiene que ser en Salónica, ni en Macedonia, ni siquiera en Grecia. En algún lado—esto quiere decir que los amantes se fían de la infinitud del mundo, desconfiando a la vez de la posibilidad de encontrar en lo infinito el sitio a propósito para ellos. Pocas veces los seres humanos necesitan tanto de una tierra patria que cuando quieren dar una tierra patria a un nuevo ser humano.

¿Dónde está la España que va a acoger a sus hijos sefarditas abandonados?

Lejos. Cerca.

A los dos jóvenes sefarditas, que bailan sobre los abismos de Salónica, les invade timidez. Es injusto condenar la timidez como un defecto; se hace defecto, como se hace defecto todo: condenándolo. A los dos jóvenes sefarditas les invade la timidez de los que albergan un secreto, un misterio, una intimidad incommunicable, que es la timidez de los dioses. Y tímidamente escuchan los antiguos romances castellanos cantados por otras parejas sefarditas en aquellas barcas veraniegas que se deslizan—también tímidamente—sobre el mar.

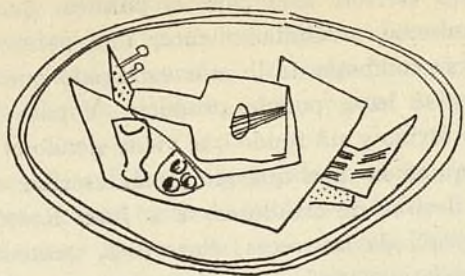
De noche, cuando la oscuridad indulgente cubre los abismos y envuelve las mutilaciones, Salónica vuelve a ser la ciudad judía y española que era durante cuatro siglos.

Una joven judía española abandona la plataforma del baile, se acerca a la mesa del Cónsul de España y le pregunta si la puede recibir mañana en el Consulado.

—Con mucho gusto—dice el interrogado.

—Es decir—titubea la pequeña judía española—..., mañana es *Shabát*; ¿*tenéish* avierto?

MAXIMO JOSE KAHN.



ESPAÑA, TOREADORES, PICASSO

Lo he dicho otras veces. Para que un artista esté con el pueblo y trabaje por la causa popular no es imprescindible que el pueblo entienda o guste su obra. Y hoy, el hecho Picasso—que es ya efectivamente un hecho—viene a darme la razón. Pablo Ruiz Picasso, el más difícil de los pintores, está con el pueblo sencillo, trabaja por el hombre sencillo. Pero esta aparente paradoja no es única. Al sonar la hora de todas las verdades, ¿qué artistas se han quedado junto al pueblo? Pues Juan Ramón Jiménez, Luis Cernuda, el escultor Alberto, Picasso—por sólo nombrar a los más acreditados de extremosamente difíciles—, artistas todos que el pueblo tuvo fatalmente que ignorar. En cambio, ¿quiénes están contra el pueblo? Pues Pedro Muñoz Seca, Eduardo Marquina, José María Pemán; es decir, gentes que escribieron *para todo el mundo*, *para que los comprendiera todo el mundo*, y para quienes las masas eran, eso sí, cosa muy interesante mientras se limitaran a pasar por taquilla, dejando en ella ese pequeño margen de reales o pesetas que se le hace en sábado a todo sueldo, por mezquino que este sueldo pueda ser.

Y no hay paradoja, porque Muñoz Seca no escribió nunca para el pueblo, sino para ese alguien lleno de corrupciones que se llama pú-

blico. Muñoz Seca escribió sólo para el público, que ni siquiera es, como pudiera pensarse precipitadamente, una perversión del pueblo mismo, sino que se compone de lo más estragado que dentro de todas las clases sociales se haya podido producir. Y para el público, para ese conglomerado turbio y sin fondo que viene siendo el público, es, precisamente, para quien no han querido jamás escribir o pintar los que de veras sentían destino de creadores. Y a Juan Ramón, que tanto se le critica—la mayoría de las veces, claro está, gente mamarracho—su magnífica dedicatoria constante, no se le han comprendido las palabras, ya que cuando él dice «A la inmensa minoría», no son unas determinadas clases sociales lo que deja fuera de su dedicatoria, sino simple y únicamente lo que llamamos público. Público, es decir, algo totalmente diferente de pueblo, porque el pueblo sí, el pueblo queda incluido en esa inmensa minoría—que para eso es inmensa—a quien Juan Ramón se dirige, ya que nuestro gran poeta, como todo artista verdadero, no trabaja para estas o aquellas gentes determinadas, y ni siquiera para gentes de una determinada cultura o preparación, sino tan sólo para el hombre, para el hombre desnudo, desnudo de todo cuanto pueda ser en la vida social, para el hombre humano, para el hombre en su significación más limpia y profunda. Claro que entonces el artista, donde únicamente puede sentirse a gusto es dentro de un estado de cosas en que el hombre viva y pueda darse sin trabas. Pero el hecho de que Juan Ramón siempre dedique su obra a la inmensa minoría no significa tampoco que toda esa minoría deba, necesariamente, comprender y gustar eso que le ha sido dedicado, porque si el artista, como hemos dicho, es cierto que trabaja para el hombre, para el hombre esencial, no quiere esto decir que todo hombre esencial necesite del arte, y de quien no lo necesita no debemos esperar que lo comprenda. Pero el poeta, el pintor, el músico, no dejarán por ello de dedicarle su obra siempre, ya que todo artista sabe hasta qué punto puede ser ambicioso, y no espera *respuesta*, y no se le oculta que el arte, con toda su grandeza desmedida, es, posiblemente, menor que el hombre, y no puede pretenderse cubrir con ello el mismo espacio que ocupa el hombre en la vida del mundo.

Por eso no hay paradoja, sino que cuando suena la hora del hombre, quienes huyen del hombre y *se pasan al otro lado* son aquellos

mismos que siempre estuvieron lejos de él. Por eso resulta tan perfecta en su vaciedad cualquier lista de los artistas colocados ahora contra el pueblo: Federico García Sanchiz, Eduardo Marquina, Pedro Muñoz Seca, José María Pemán... Como puede verse, todos ellos gentes de público.

Se podría decir que Picasso ha tenido también, aparte del reconocimiento consciente, cierto éxito de público—público de París, es verdad que en apariencia muy distinto del que nosotros hemos sufrido en España, pero público en el fondo y, por lo tanto, peor, ya que se nos aparece con una vestimenta engañosa—, pero ese público no lo ha buscado Picasso, sino que ha ido contra él. Gran parte de la obra picassiana está hecha pensando precisamente en el público; pero para eso, para insultarle, para despreciarle, para pegarle en las narices. Unos reaccionaron como mejor podía desear Picasso, es decir, enfureciéndose, y otros, más pedantes, no han querido sentirse insultados y aludidos y se hicieron *público picassista*. Y no es que yo quiera hacer aquí un elogio de este sistema, ya que prefiero desde siempre esa mayor seriedad de Juan Ramón manteniéndose en olvido y en apartamiento total de lo que hemos llamado público; pero quiero señalar en el sistema de Picasso, no el sistema mismo, sino el motivo profundo que le induce al sistema. Quiero señalar que Picasso, ese mismo Picasso que ensayara y probara tantas cosas, a lo único que se negó siempre es a trabajar para el público. En cuanto al pueblo, es cierto que tampoco ha podido gustar su obra singularísima; pero ¿se me quiere decir qué obra, aunque sea mucho más fácil que la del gran andaluz, se le ha dado ocasión al pueblo de gustar? Yo mismo, encomendado durante años de una tarea de divulgación cultural entre las gentes populares, he podido recorrer pueblo a pueblo, palmo a palmo casi toda España, y comprobar que un lienzo de Goya venía a ser para esas gentes virginales tan *extraño* como un Picasso o un Cézanne. La misma estupefacción les producía Velázquez que Gauguin. Sólo uno de los cuadros que llevábamos les rozaba más de cerca, lo sentían más próximo: una tabla pintada por Berruguete. Y se comprende, porque a esos campesinos, a esos hombres rurales se les había dejado tan hundidos en una fecha remota, que aquella tabla del siglo xv parecían *reconocerla*.

Y como consecuencia de lo que acabo de contar, aquellos que piden

«un arte para las masas»—¿no parece verse en esta expresión cierto desdén por el pueblo?—no creo que vayan a decir que hay que pintar más claro, más inteligible, más realista que Velázquez mismo. No, sólo hay que pintar o escribir de verdad, porque escribiendo y pintando apasionadamente es como tan sólo se pinta o escribe para el pueblo, para el hombre. Claro es que el hombre necesita esforzarse si quiere gustar lo que en principio le ha sido dedicado. Porque no debe confundirse el arte con un entretenimiento, ya que el arte, semejante en esto como en otras cosas, al amor, es *goce* y no diversión, *enseñanza* y no propaganda, *dificultad* y no facilidad.

El hombre necesita hacer el esfuerzo material, corporal, del trabajo diario; pero si quiere gozar de una vida de espíritu y de alma, también ha de esforzarse. No, que no se busque en el gran arte descansar—ningún goce es descanso—, porque lo que allí ha de encontrarse siempre son espesos obstáculos gustosos. Que no se busque en la gran poesía o en la gran pintura *airearse* del necesario trabajo cumplido, porque la poesía o la pintura no pueden significar en la vida del hombre lo mismo que un final de semana. Adentrarse en la comprensión y gustación del arte es, por el contrario, trabajar más, vivir más, *desgastarse*, o sea, algo completamente opuesto a unas vacaciones. Quien no caiga rendido de fatiga después de contemplar «Las hilanderas», quien no se sienta cansado después de leer «Hamlet», quien no se fatigue oyendo la «Sonata a Kreutzer», no ha oído, leído ni visto.

Y no se piense que definiendo aquí un arte difícil, sino tan sólo y simplemente el arte, eso sí, con todas sus propiedades naturales, con todo lo que de difícil encierra, con toda la dificultad que le caracteriza. Por otra parte, si Stravinsky o Picasso han venido a caer en demasiado raros, en demasiado extraños, no ha sido, como pudiera pensarse, por puro capricho personal, sino más bien obedeciendo a una fatal condena que pesa sobre el tiempo presente. En los últimos veinticinco años apenas si hay algo más que ejercicios, pero esos ejercicios tenían que apurarse, tenían que llevarse hasta el límite, fuese el que fuese, ya que, como diría Wilde, el mejor medio de librarnos de una cosa acechante es realizarla. Esa ha sido la ingrata misión del arte moderno, y que Picasso ha tenido la valentía de cumplir totalmente, sin miedo, no ya de lo extraño, sino ni siquiera de lo estrambótico. Sin Picasso,

el cubismo habría existido también, pero sólo representando entre nosotros papel de enfermedad. Y esa es la gran metamorfosis que él supo hacer: convertir lo que nacía epidemia, en ejercicio y purga. Porque lo que ha hecho Picasso no es inventar el cubismo, sino salvar el cubismo. Claro que así es como ha perdido su obra. Picasso no tiene obra realmente, no ha podido pintar; su valor, su gran valor no parte de tal o cual lienzo suyo, sino que estriba tan sólo en su significación dentro del historial de la pintura. Ya en un artículo viejo, pero que hoy suscribo totalmente, y al que titulaba «Picasso, trébol de cuatro hojas», llamaba yo a este andaluz también universal «el más grande caso de poderío», y decía: «Lo que diferencia a Picasso de las demás figuras altas es que todos son esto o aquello genialmente, mientras que él tan sólo es genio en principio y fin». Con estas palabras quería señalar que Picasso es una gran figura, pero no un gran pintor; es un genio, pero no un pintor genial. O sea, quise y quiero decir que lo que Picasso ha hecho no es propiamente pintar, sino... *manipular*. Estas palabras se mal interpretaron entonces, y es casi seguro que se mal interpretarán ahora; pero nadie debiera suponer en ellas desestimación alguna, ya que lo que vengo señalando no es una cuestión de calidad, sino de cualidad, de naturaleza. Porque en cuanto a su altura indudable, ¿qué mejor y mayor cosa podríamos decir a un artista a quien ya hemos llamado genio?

Y ahora, aunque no es la crítica y el análisis de su obra excepcional lo que yo quiero anotar aquí, sino tan sólo el sentido de su clara posición respecto a España, respecto al país que no le hizo mucho caso, que quizá no supo comprenderlo, pero sí producirlo; aunque no sea momento para esa crítica tranquila que reclaman sus extrañas invenciones, no puedo olvidar en estas páginas lo que ha pintado recientemente con destino al Pabellón Español de la Exposición Internacional de París.)

Vemos muy claramente en esta pintura de Picasso lo que ya habíamos entrevisto en otras de su época última, de sus años últimos, o sea, que ya jamás ha de poder librarse del cubismo. Porque el cubismo, semejante a un oscuro cuervo que Picasso criara o medio criara un día, y que ahora quisiera arrancarle los ojos, viene dominándole toda la labor de hoy.

Se ha señalado muchas veces la extraordinaria y constante *variedad* de Picasso, y es cierto que siempre tuvo una excepcional capacidad para resultar cada día distinto a sí mismo. Pero no es solamente que supiera pasar del salvaje arte negro a ese academicismo que incluso le llevó a imitar al propio Ingres, no, no es sólo esto, sino que dentro de una misma *manera*—en Picasso la manera lo es todo, o mejor, Picasso lo pone todo, lo vuelca todo en la manera, ya que para él y en él no es, como pudiera ser para muchos y en muchos, un simple valor superficial—, dentro, digo, de un mismo *modo*. Picasso sabe ensanchar aquello y ensancharse inventando derivados y variaciones que nadie podía allí suponer. Así es cómo el cubismo de Juan Gris es siempre uno, y uno también el cubismo de Bracque, mientras que el de Picasso es innumerable. Nunca pudo ni quiso someterse a una teoría, a un movimiento determinado, y su más decidida pasión era contradecirse. El cuadro que hoy pintara no sólo necesitaría ser diferente del de ayer, no sólo correspondería a otro estado de ánimo, sino que habría nacido de *leyes estéticas* completamente distintas. Leyes que mañana ya no podrán servirle para pintar su nuevo lienzo, y las olvidará, porque fueron inventadas para esa sola ocasión. Por lo tanto, nadie tan libre como él. Siempre supo burlar y faltar a todas las teorías que iban cristalizando en torno suyo y por su causa. Puede decirse que quien había participado con más fuerza en la invención del cubismo no era propiamente cubista, no era cubista militante. Pero si entonces Picasso no llegó a ser un cubista riguroso, también es cierto que ahora, después de muchas vueltas y revueltas, unas *maneras* cubistas le vienen gobernando y hasta dominando. Dominando, porque en él son cada día más involuntarias, más inconscientes, más fatales. Sabiendo como sabemos que el cubismo desde hace mucho había tropezado ya con su limitación, ¿qué nueva puerta, qué difícil salida le ha inventado Picasso para conseguir que su última pintura no nos resulte anacrónica? ¿En qué forma viene a ser cubista lo que ha pintado Picasso para el Pabellón Español? O mejor dicho, ¿en qué forma viene a no ser cubista? Pues faltando a todos aquellos mandamientos que los más ingeniosos teorizantes del cubismo supieron acreditar de esenciales y principales. Porque en su última pintura Picasso únicamente utiliza el cubismo como *superficie*, pero no como *contenido*, o mejor, el contenido dramático

—brutalmente dramático—que nuestro pintor se atreve a colocar dentro de unas formas abstractas descompone y destroza la ley primera y fundamental del cubismo, y es así cómo su gran lienzo, a pesar de esa geométrica apariencia, deja de ser cubista. Lo que tuvo el cubismo de fría arquitectura, de calculada combinación, de inmovilidad, ha sido aquí destruído casi totalmente. Lo que era una *quieta belleza* lo ha sacrificado Picasso a una *fuerte expresividad*. A la actual manera picassiana quizá debiera llamársele *cubismo bárbaro*—lo cual es un contrasentido, ya lo sé—, o quizá *cubismo dramático*—lo cual es más contrasentido todavía—, pero será mejor dejarla sin nombre y en su misma inseguridad, en su propia contradicción, en su propia turbulencia.

Hace años llegaba yo a París y me hospedaba en un hotel miserable y viejo en el que me recibió una *concierge* que cocinaba en camisa allí mismo, junto al cuadro de las llaves, con medias listadas, botas altas, moño enpingorotado y ojos de mona, que cuando me supo español me dijo inmediatamente: *España, toreadores, Picasso*. Hoy le diría yo: Madame Barigoule, mi tierra está destrozada y hay en ella menos toreadores, pero Picasso es, sigue siendo efectivamente España.

RAMON GAYA.

POR EL CAMINO

DE LAS

ESTRELLAS DE MAR

A FEDERICO GARCÍA LORCA

qué viento sopla sobre la soledad del mundo
para acordarme de los seres queridos
desolaciones frágiles aspiradas por la muerte
más allá de las densas cazas del tiempo
la tempestad se complacía en su fin ya cercano
y no henchía la arena su dura cadera
pero sobre los montes unas bolsas de fuego
vaciaban sin errar su luz de presa
descolorida y corta tal un amigo que se extingue
cuyo contorno ya nadie puede expresar con palabras
ni llamada alguna en el horizonte puede socorrer a tiempo
su forma medida únicamente por su desaparición
y así de un relámpago a otro
su amarga grupa tiende el animal siempre
a lo largo de los siglos enemigos
a través de los seguros campos de vanidad ajena de avaricia
y en su ruptura se perfila el porvenir
como la madera que cruje en señal de presencia
y de necesidad disparatada

hay también los frutos
y no olvido los trigos
el sudor que los hizo crecer sube a la garganta
sabemos pues el precio del dolor
las alas del olvido y los sondeos infinitos
las palabras que no llegan a comprender los hechos
apenas si para utilizarlos como en burla

el caballo de la noche galopó desde los árboles hasta el mar
y unió las riendas de mil caritativas oscuridades
se arrastró a lo largo de las filas
donde el pecho de los hombres contenía el asalto
pendientes de sus flancos todos los murmullos
entre los inmensos rugidos que alcanzándose
mientras escapaban al poderío del agua
desmesuradamente se sucedían en tanto otros menudos
 murmillos
sin poder ser absorbidos sobrenadaban
en la invencible soledad donde cruzaban túneles
selvas rebaños de ciudades mares enjaezados
un hombre solo con aliento de diversos países
juntos como cascada y resbalando sobre un acero liso
ese incógnito fuego que a veces entra por la noche
para perder aquellos a quienes el sueño congrega
en su profundo recuerdo

mas no hablemos de aquellos que se enredaron
en las ramas frágiles en los malos humores de la naturaleza
esos mismos que sufren los rudos golpes
ofrecen la nuca y sobre la alfombra de su cuerpo
cuando los pájaros no picotean las semillas del sol

suenan las botas rígidas de los conquistadores
se fueron de mi memoria
los pájaros buscan otros empleos primaverales
calculando sinecuras
en encantadores rebaños transtornados
con el viento a la zaga
que el desierto les sea leve

al diablo las finas advertencias
las diversiones amapola y compañía
el frío araña
el miedo sube
el árbol se seca
el hombre se agrieta
los postigos chocan
el miedo sube
ninguna palabra es lo bastante tierna
para atraer al hijo de los caminos
que se pierde en la cabeza
de un hombre al filo de la temporada
mira la bóveda
y mira el abismo
compartimientos estancos
con humo en la garganta
el tejado se desmorona
pero el famoso animal encorvado
los músculos en espera y torcido bajo el espasmo
de la vertiginosa fuga roca en roca del relámpago
se desencadena con apetito de la alegría
la mañana rehace su mundo
a medida de su yugo

ladrón de mares
te inclinas en la espera
te levantas y cada vez que saludas el mar ebrio a tus pies
por el camino de las estrellas de mar
depositadas en columnas de incertidumbre
te inclinas te levantas
saludos empuñados por bandas
y sin embargo debes pisar sobre el montón
aunque evites las más hermosas debes sin embargo pisar
te inclinas
por el camino de las estrellas de mar
mis hermanos aúllan de dolor al otro extremo
conviene cogerlas intactas
son las manos del mar
ofrecidas a los hombres que nada son
glorioso camino por el camino de las estrellas de mar
«alcachofas alcachofas» es mi hermoso Madrid
con ojos de estaño y voz frutal
abierto a todos los vientos
olas de hierro olas de fuego
se trata de los esplendores del mar
conviene cogerlas intactas
las caídas con rotos brazos
por el camino de las estrellas de mar
a dónde lleva ese camino lleva al dolor
caen los hombres cuando quieren erguirse
cantan los hombres porque han saboreado la muerte
debes sin embargo pisar
pisa encima
por el camino de las estrellas de mar en columnas de
incertidumbre

pero nos enredamos en la voz de las lianas
«alcachofas alcachofas» es mi hermoso Madrid de luces

apagadas
abierto a todos los vientos
quien me llama—largos años—desde las ortigas
una cabeza de hijo de rey hijo de puta
una cabeza una ola que se deshace
y sin embargo por el camino de las estrellas de mar
es donde las manos están abiertas
no hablan de hermosura ni de esplendor
sólo de reflejos de minúsculos cielos
y los imperceptibles guiños de ojos en torno
las olas rotas
ladrón de mares

pero es Madrid abierto a todos los vientos
que pisotea en mi cabeza la palabra
«alcachofas alcachofas»
capitel de rígidos gritos

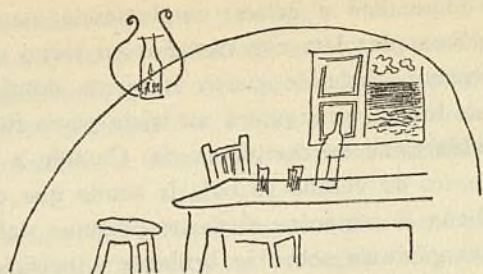
ábrete corazón infinito
para que el camino de las estrellas penetre
en tu vida innumerable como la arena
y la alegría de los mares
que contenga el sol
en el pecho donde brilla el hombre de mañana
el hombre de hoy por el camino de las estrellas de mar
ha plantado el avanzado signo de la vida
tal como debe vivirse
el vuelo del pájaro libremente escogido hasta la muerte
y hasta el fin de las piedras y de las edades

fijos los ojos en la única certidumbre del mundo
de donde gotea la luz alisando el haz del suelo.

TRISTAN TZARA.

Hoy, muerto Apollinaire en 1918, cuando se firmaba el armisticio, es Pierre Reverdy, poeta nada popular y probablemente poco conocido en su país, quien transmite, con su lirismo despojado, penetrante y sutil, el espíritu de la poesía francesa a los poetas más jóvenes. Paul Valéry, Paul Claudel, el hinchado poeta católico, y Leon Paul Fargue pertenecen a otra generación anterior, tan diversa y brillante que acaso aun no hayan podido equipararla los escritores que tras de ella vienen sucediéndose.

Bajo la influencia de Reverdy aparece un grupo de poetas, los más recientes poetas de Francia, que siguen su delgada y pura línea lírica, como Paul Eluard. Al lado de ese grupo, y ofreciendo con él grandes coincidencias, se destaca el nombre de Tristan Tzara. De la poesía de este último *HORA DE ESPAÑA* ofrece hoy una muestra a sus lectores. Al mismo tiempo les recuerda que Tzara es uno de los muchos escritores extranjeros adictos a la causa del pueblo español. En dos diferentes ocasiones nos ha visitado últimamente: una el pasado diciembre y otra hace poco tiempo, con motivo del II Congreso Internacional de Escritores.



EN LA COSTA DE SANTINIEBLA

A decir verdad no sé qué endiablada ocurrencia me llevó allá aquel verano. La lluvia y la niebla, que un tiempo sedujeran mi adolescencia en el lejano sur, habían pasado con ella, perdiendo parte de su morboso encanto. No soy lo que los franceses suelen designar como un «solide gaillard». Pero al lúcido invierno, estación del arte sereno, según escribiera cierto poeta, prefería ya un sol evidente y esa languidez, tan enemiga de la inteligencia, que cuando invade al cuerpo sólo le permite abandonarse sobre la hamaca a todos los infiernos de la indolencia, pero también a todos sus paraísos.

Santiniebla está caído como un pájaro enfermo sobre una oscura colina que avanza hacia el mar. La ría plumiza contiene su empuje y lo liga a la tierra. Tal vez esa aspiración abatida infunda a todo el pueblo su aire de rota melancolía, el mismo que a veces vemos en ciertas figuras de vagabundos, a cuyos rasgos, entre la miseria y la pena, asoma un moribundo destello de genio. El musgo sobre las piedras, la humedad sobre los cimientos, van absorbiendo los edificios sin que nadie parezca darse cuenta de tal amenaza. Pocos habitantes deben guarecer entre aquellos muros sus trabajos, sus ocios o sus sueños.

Por las calles, empinadas y grises, conduciendo siempre, como una obsesión, a la misma plazoleta con castaños en torno de una yerta estatua que la exorna e infunde cierto ambiente dominical, apenas si alguna sombra se desliza, ni siquiera un triste perro fugitivo.

Pero Santiniebla tiene en cambio la ría. Cuando a la caída de una de esas largas tardes de verano se baja la senda que desde lo alto de la colina lleva hacia el malecón, el denso perfume del mar, el misterioso grito de las gaviotas sobre la brillante superficie de las aguas, sólo encrespadas allá, entre las sombrías rocas que guardan la entrada de la ría, entonces yo os aseguro que poco accesible será a la naturaleza quien no sienta sus pupilas enturbiadas por las lágrimas. Mucho más si algunos sorbos de un henchido licor han pasado entre sus labios, allá en el cafetín del pueblo. Lo cual viene a ser como el ligero e inapreciable toque que el artista da a su obra, porque lo natural, para entrar en el mágico clima del arte, debe sufrir de manos del hombre cierta transformación honda y ligera a un tiempo mismo.

Frente a Santiniebla, a través de la ría, aparece Galicia como tierra vecina y extraña. En ciertos días de aburrimiento más denso que otros, cuando nada podía despertarme del terrible «spleen» en que me hundía, haciendo un esfuerzo salvaba los escalones que desde el malecón dan acceso al embarcadero, y una barca, en breves instantes, me dejaba en Peñapol. Aquello tenía el encanto de un viaje, y desde la otra orilla miraba hacia Santiniebla, siempre encapuchonado de una oscura nube henchida de lluvia, con el pecho dilatado por un nuevo aire, más libre y más claro, según me parecía, que el respirado allí enfrente, a unas pocas brazadas a través del agua.

Santiebla sin embargo me atraía con esa nauseabunda atracción que tienen en nuestra memoria determinadas escenas familiares, que misteriosamente se graban para siempre en el recuerdo infantil. Debo añadir, para ser justo, que el aburrimiento no era menor en Peñapol. Pasados los primeros momentos en un nuevo bar y los primeros paseos por una larga y destartada calle central, empezaba la imaginación a buscar algo más. Entonces, naturalmente, regresaba a Santiniebla en busca de un libro y del lecho conocido, amigos entre los cuales, si no podía satisfacer mi vaga aspiración, podía al menos dormirla.

Nadie debe extrañarse de que pasándolo mal no abandonase aquel lugar. Siempre he sufrido de un extraño mal; tal vez unos le llamen timidez y otros indolencia, pero algo profundo e instintivo, algo fatal que brota en ciertos espíritus les fuerza a saborear el fastidio, hasta que un accidente exterior a su propia voluntad cambia el rumbo de la vida bruscamente.

Mi guarida, y hay que convenir que como denominación para el cuarto de un misántropo no está mal escogida la palabra, se hallaba en una empinada calleja, a la entrada del pueblo, precisamente en la parte más alta y al borde mismo de la colina donde se asienta Santiniebla. La espalda de la casa caía sobre la ría. Desde la ventana de mi habitación podía ver tras de los turbios cristales el agua, donde apenas si aparecía alguna vez la menuda vela de una barca. Otras veces, al retirarse la marea, sólo veía un fangoso pantano, en cuyo fondo, entre musgos y algas, aparecían extrañas huellas, como en la cueva de un monstruo remoto e invisible.

Pero pronto se interrumpió mi soledad. Una mañana, apenas despierto, al lanzarme como de costumbre a la ventana para ver si por fin brillaba el sol, y al aspirar más que al oír la lluvia menuda y dispersa mojar pausadamente otro día más las piedras de la calle, una furiosa cólera se apoderó de mí. Ya buscaba con los ojos algo sobre lo cual saciar mi mal humor, enconado con el ruido de las almadreñas que calzaban unas mujeres, quienes con su herrada en la cabeza y charlando en su jerigonza vernácula subían la empinada senda sobre la que se abría mi ventana, cuando oí, a través de la pared misma de mi habitación, las primeras notas de la *Sonata a Kreutzer*, que luego cesaron bruscamente.

Las lugareñas habían ya pasado y sólo se escuchaba, a intervalos y en la distancia, el angustioso chirrido de una carreta. Anhelante e innóvil, aguardaba con la cabeza contra el muro que prosiguiese la melodía interrumpida. Leve, lenta, solemne como una vieja princesa que envuelta en su solitaria locura descende unas interminables escaleras marmóreas, la melodía volvió a brotar de la pared misma, rodando de invisible escalón a invisible escalón, dando voz, sin yo quererlo, a mi propia desilusión y hastío.

No es Beethoven, debo confesarlo, genio de mi devoción. Ciertos prejuicios, cuando nuestro espíritu está en formación, se arraigan de tal manera que llegan a constituir una segunda naturaleza. Y Beethoven, para mi juventud nutrida de lo que entonces se consideraba como más refinado y original, era, sencillamente, un genio bastante casero, con la grandeza del genio desde luego, pero también con cierta subterránea vulgaridad, que yo instintivamente tengo en horror.

Mas se trataba en fin de algo conocido, una voz del mundo que sonaba allí, en mi soledad y mi destierro voluntario; una ráfaga de esa vida que desde la niñez anhelaba apresar entre mis brazos y que sin embargo cada vez sentía más lejana e inalcanzable, como ciertos relojes que en noches de insomnio escuchamos latir, sin saber si vigilan a nuestro mismo lado o están en un distante extremo de la casa.

Pensaba al mismo tiempo en ciertos rostros fugitivos que había encontrado cuando bajaba al comedor. Quizá me hubiera gustado ver alguno de ellos irrumpiendo en mi vida, con el natural ademán de quien realiza algo que se espera de antemano. Pero eran gentes de paso, que sólo se detenían en Santiniebla unas horas, para descansar en su tráfago estival, y se alejaban rápidamente, llevando consigo un rumor y un perfume de placeres libres y precipitados. Yo también había pensado a veces en la ida, para libertarme del demonio del aburrimiento que creía posible dejar atrás, como si no lo llevara de por vida conmigo mismo.

Las notas habían continuado entre tanto su vieja historia, y yo las escuchaba como acompañamiento de la mía interior, pero ya no tenían la inesperada magia de unos momentos antes. Estaban ya previstas y marchito el encanto de la sorpresa. Devanaba en cambio en mi cabeza quién pudiera ser la persona que en tal paraje se permitía semejante diana. La suponía excesiva, intelectual y acaso algo pedante. Mas como quiera que la música había cesado, dejé ahí mis cavilaciones, y al oír abrirse y luego cerrarse una puerta en la habitación frontera supuse que mi desconocido «dilettante» emprendía el camino hacia el comedor, donde yo podría examinarle, en busca del te, la leche y las frutas del desayuno.

Bajé pues al comedor, y allí, abismado en solitaria contemplación

ante la ventana que le envolvía en un nimbo de verdoso fulgor, como un pescado ya medio ciego, con lentes, y agitado por las convulsiones propias, no del barbo recién salido del agua, sino del hombre que ingurgita tranquilamente su desayuno, encontré sentado a Demetrio V***. Quien conozca un libro de Demetrio V*** jamás puede suponerle envuelto en los dorados y peligrosos hilos de una aventura. Su inusitada presencia en Santiniebla me tranquilizaba e inquietaba a un tiempo. «¿Qué le había traído allí?», me preguntaba. Pero eso que le traía debía ser a la vez algo premeditado, y en todo caso excusable. Por lo demás no conocía apenas a Demetrio. Era, y supongo que debe seguir siendo, un escritor ligeramente católico, y en cuya obra aparecen mezclados, en idénticas proporciones, ese elemento de abstracción que el arte contemporáneo ha puesto tan en boga, con otros elementos de tipo social o político. Es decir, que Demetrio V*** era un artista de nuestro tiempo.

Todavía podía considerársele como joven, y a él desde luego así le gustaba considerarse. Pequeño, oliváceo, con una especie de nervioso estremecimiento imperceptible que cuando se excitaba le recorría el cuerpo en sentido diagonal, como el viento a una bandera, amable e inofensivo a primera vista, sólo se descubría su verdadera personalidad cuando comenzaba a hablar, gracias a una voz de agrio falsete, viva y penosa realidad bajo la máscara banal de lo que ordinariamente suele llamarse un buen muchacho.

No sabía si alegrarme o entristecerme del encuentro. A veces el silencio forzado de un largo retraimiento, al ser roto inesperadamente, proporciona una distensión agradable. Mas no obstante mi falta de relación con Demetrio V*** le conocía lo suficiente para no engañarme ante los posibles deleites de unas conversaciones de sobremesa. Temía que tras esas varias palabras espontáneas, cambiadas en la primera expansión engañosa, surgieran las absurdas discusiones, las opiniones disparadas como piedras contra la cabeza de un interlocutor reacio para doblegarse ante el poder de nuestra propia convicción. Preveía, en definitiva, todas las molestias de la sociedad sin ninguna de sus ventajas y todas las tristezas de la soledad sin ninguno de sus encantos.

No, no se me diga, y por ello me justifico de antemano, que dejo asomar ahí una falta de comprensión para el hombre en general, una resistencia a tomarle tal como es, como una obra natural, interesante en sí misma, con sus tonterías y su generosidad, con su inalienable dote de vulgaridad e inteligencia, buenas y malas pasiones. Y en todo caso, si así fuera, ¿qué mal hay en ello? ¿Es que cada uno de nosotros no tiene derecho, derecho que casi nadie utiliza, a ser un perfecto chiflado? Chifladura por chifladura, prefiero la del misántropo entre sus telarañas a la del risible parásito que salta, adula y se reuerce estrepitosamente ante cualquier rostro humano que cruza a su lado.

Después de cambiar con Demetrio las primeras palabras me senté resignadamente, mirando a través de la ventana abierta el cielo nebuloso, sobre cuyo gris ligeramente nacarado, como para contrastarlo, asomaba en primer término la copa de una triste higuera su verdor sucio y amarillento.

Demetrio cortaba una manzana, y mirándola fijamente, como si sólo hablase con ella y no conmigo, dijo con su voz que parecía rechinar a causa de prolongada inactividad:

—Es raro encontrarnos aquí. No sabía que te gustasen estos climas. ¿Qué haces entre las nieblas?

Y sin dejarme tiempo para responder prosiguió:

—Yo recorro esta parte del norte, que no conocía, porque tengo un proyecto. Sí, un proyecto que tal vez pueda ser interesante. ¿No es verdad? Para este proyecto he encontrado ya tipos extraordinarios y que saben expresarse de modo admirable.

Ningún rasgo de su semblante se animaba con el interior fuego espiritual, cálida bocanada que debía arrancar aquellos elogios. Estaba por el contrario impasible, y con los ojos fijos y coléricos miraba al aire, a la manzana o al cuchillo, como receloso de algo. Yo no quería apartar los míos de la ventana. Bajo lo verde se transparentaba una lividez macilenta. Todo eran colores corrompidos, como si aquella naturaleza estuviese en putrefacción. No interesándome los proyectos de Demetrio, respondí un tanto fríamente:

—Es probable que así sea, pero no puedo alejar de mí, frente a

este paisaje, un escalofrío de ultratumba. A veces me siento como si yo fuese un aparecido.

Demetrio, esbozando una sonrisa, cosa rara en él, y al mismo tiempo que cortaba en diminutos trozos la piel de aquella manzana antes tan fresca y feliz, ahora en vías de asimilarse a su organismo, donde se convertiría en reservas de mal humor y suficiencia personal, extendió su pequeña mano hacia la ventana, como para indicar el tema de su inminente disquisición.

Yo entonces, previendo su propósito, y quizá también para satisfacer una rara curiosidad respecto a los amigos de la ciudad, le pregunté con brusquedad:

—¿Hace pocos días que viniste de allá? Cuéntame algo de Lelio, de Cecilia, de aquella gente tan loca. ¿Qué hacen? ¿Dónde están?

—Cecilia y Héctor, me respondió, están en Rusia. Marcos y Ludmila en Mallorca. Olvido y Arcadio sospecho que no han dejado Madrid; se van a Londres en el otoño y deben estar terminando trabajos pendientes. Todas esas parejas barrocas han gritado y se han movido de tal modo en los últimos días que su reputación intelectual estará aumentada favorablemente. En cuanto a tu amigo Lelio trabaja a solas en nadie sabe qué; es un hurón. Hermógenes ha leído en algún teatro un drama muy interesante, que le representarán este invierno. Y tú ¿qué haces—añadió con un matiz de cortés condescendencia.

Pienso que entonces parecería yo un extraño personaje, que se contraía, como las hojas cuando se acerca el otoño, porque el viento o la luz no eran ya aquellos a que se había acostumbrado. Veía rota mi soledad y no podía resignarme. Casi echaba de menos el aburrimiento que los días anteriores execraba. Incurría, como fatalista inveterado, en la paradoja de no aceptar acontecimientos y personas tal como se sucedían y surgían, pretendiendo modificarlos, a pretexto de que los hubiera deseado de otra manera, sin comprender que siendo el destino superior a nosotros a él debemos someternos.

Reaccionando contra mi sombrío humor respondí a Demetrio con un vago:

—Nada. Trabajo.

Y añadí, para dirigir la conversación hacia temas menos íntimos:

—Hace poco me ha extrañado oír un gramófono en esta casa tan silenciosa. ¿Lo has traído tú?

—Sí, he traído un gramófono. Así podré descansar por las tardes escuchando alguna sonata. ¿No es verdad?

Ya me felicitaba de su buen acuerdo, a pesar de lo enojoso que a veces resulta un vecino obstinado en su melomanía, cuando de pronto, inesperada y sin motivo, surgió la discusión.

Por el camino, a lo lejos, venía un hombre en quien yo reconocí al cartero, a pesar de la distancia, que con su valija al costado, desde la carretera por donde cruzan los autobuses, único medio en Santiniebla de comunicación con el resto del mundo, iba subiendo la vereda que lleva hasta el pueblo.

—Es el mozo que carga los equipajes—dijo Demetrio con aire de reto, como si adivinase en mí una opinión contraria.

Como también mi temperamento era impulsivo, y por desgracia sigue siéndolo, no pude contenerme.

—Es el cartero—insinué con aparente calma.

—¿Cómo el cartero? ¿Y por qué?—exclamó él.

—Porque lo conozco.

—Pues es el mozo de equipajes.

—Imposible. Conozco al cartero y no me equivoco.

Aunque sentados, nuestras voces se habían ido alzando, y con las manos sobre la mesa, como si quisieran asir algo real que diese base a ambas afirmaciones contrarias, ya ideales, porque el hombre en cuestión había desaparecido entre los árboles en una revuelta del camino, a la entrada del pueblo, llevándose consigo su íntima verdad puesta en duda, nos mirábamos, ahora sí, frente a frente Demetrio y yo con ademán de desafío.

—¿Y por qué no vas a equivocarte? ¿Acaso te crees infalible? Es el mozo de equipajes. Lo digo yo y basta.

Rojos de cólera, me miraba encarnizadamente, como si deseara que la discusión, violenta ya, llegase a un punto de exacerbación donde él pudiera librar su espíritu de no sé qué terrible fardo de humillaciones y despechos pasados, quizá anteriores a su propia vida, peso que oprimía y atenazaba aquella menuda figurilla, torcida por un viento

de liberación desproporcionado y ridículo. Ya no discutía una trivial cuestión pasajera, discutía su propia existencia atormentada.

Guardé silencio, y con ese remordimiento que siempre sigue a una discusión por pequeña que sea, miré otra vez a la ventana. Un presentimiento desagradable, no sabía si de algo futuro o de algo pretérito e ignorado, embargaba mi ánimo, hasta el cual se había abierto camino solapadamente, bajo el menudo pesar de una discusión que yo consideraba estúpida. Lo que fuera, estaba visible allí, en aquel aire lleno de atonía, en aquellas aguas quietas, de brillante superficie plomiza, y en aquellos árboles desvaídos. Pero las cifras que lo expresaban no sabía yo traducirlas. Fué la primera sensación que tuve de algo dramático ocurrido allá.

Demetrio estaba aún frente a mí. Un poco avergonzado de su arrebato, soslayaba también la mirada, como yo inconscientemente había hecho. Hubo una violenta pausa. Ni su vanidad ni la mía podían franquear el espacio que habíamos abierto en nuestra forzada y transitoria intimidad.

Afortunadamente la camarera puso término a la embarazosa situación. Menuda y gordita, con ese subrepticio atadizo en las desbordadas caderas, que tanto carácter da a ciertas figuras femeninas, entró llevando algo entre los pliegues de la falda.

—El correo, señor—dijo. Y dejó sobre la mesa unas cartas.

Avergonzado de mi triunfo abandoné a Demetrio sin una palabra.

Una mañana, mientras Demetrio canturreaba en su habitación cierta vieja tonada popular, sentí esa extraña incomodidad que en un principio nos parece externa, como si algo en nuestra indumentaria no cayese bien, precursora de tantos enfriamientos. Me había obstinado en pasar desnudo las horas matinales en aquellas sombrías cuevas que orillan la ría. Y gracias a esa chifladura iba forzosamente a recluirme en mi habitación durante varios días.

No podía tenerme en pie. Sin embargo me vestí como pude y me arrastré hasta la plaza, donde caí sobre un banco, bajo los árboles que desarrugaban su ceño gracias a unos pálidos rayos de sol. Mas cuando llegó la tarde tuve que quedarme en mi cuarto.

Conozco bastantes habitaciones de hoteles provincianos. Y al personaje que Hoffmann llama el viajero entusiasta puedo oponer el del viajero desencantado. Viejas habitaciones, mesas aburridas y cojas, lavabos leprosos y polvorientos, camas elevadas y quejumbrosas, cuántas veces he llegado a vosotras rendido de fatiga y cuántas veces me habéis acogido generosamente, dando albergue por una noche, un tanto incómodamente, es verdad, a mi angustia andariega. Pero siempre, como talismán que la preservaba de vuestra frialdad anónima, un libro, una fotografía, han bastado para infundiros cierto calor y una relativa intimidad. Y si la fiebre nos forzó a recorrer con la mirada una y otra vez los muros de la habitación, esos mudos amigos pudieron recoger la fantasía, abrirle sus tibias alas y arrastrarla hacia climas más propicios, o por lo menos hacerle más llevadera la postrada modorra.

Sobre mi mesa había unos viejos tomos desemparejados de las obras de Shakespeare, que contenían *The tempest* y *A midnight summer's dream*. A su lado estaba la fotografía de un cuadro desconocido, obra sin duda de un pintor italiano renacentista: el retrato de un muchacho vestido con un blanco jubón de raso acuchillado, cubierta la cabeza por una pequeña toca escarlata adornada de una pluma y cuyas manos, tañedoras del silencio, sostienen una viola. No es la expresión melancólica o viva del personaje, no es el encanto o la suntuosidad de la atmósfera en que aparece quienes dan a ese lienzo su peculiar atractivo. Sólo hay allí unos rasgos inocentes y rudos, de extremada juventud, una piel dorada, como la de quien vive y se mueve al aire libre, que contrastan con el lujoso y cortesano atavío. Baña al lienzo una vaga simpatía, simpatía que el pintor experimentó sin duda al trabajar en su obra, como un aura o como un recuerdo que el tiempo no puede borrar. Esos libros y ese cuadro fueron mis compañeros durante los días que estuve enfermo.

Continuamente humedecía mis manos con agua de colonia, para mitigar el insoportable olor, como de viejas flores secas, que flotaba

en el aire. Algo usado y caduco había sobre los muebles oscuros, por las paredes blancas, en el suelo pintado de color marrón. Y toda esa indefinible sensación de extrañeza y malestar parecía fundirse, a través de la ventana, con el turbio y mohoso paisaje, fijo en los cristales tal un remordimiento.

Todo esto se dice en pocos instantes, pero lo vasto del fastidio, diluyéndose a lo largo de la tarde, mientras un mustio rayo de sol se mueve lentamente y pliega sus miembros exangües hasta perderse en el marco de la ventana, mientras las pisadas atareadas que cruzaban primero el corredor se amortiguan y callan por último con el triunfo de las sombras nocturnas, todo eso parece concretar la eternidad en unas amargas horas. Qué obra maestra sería aquella donde la vida estuviera expresada así, no con el movimiento y la pasión, sino en la inacción, en el aburrimiento, en el vacío, abismo sobre el que flotan interminablemente los minutos, como vilanos sin peso que nunca se deciden a caer. Pero esa obra, monstruosa y genial, nunca se podrá escribir, y aunque se escribiera no habría para ella un solo lector.

El sueño vino en fin aquella tarde a borrar mis morbosas cavilaciones.

Varios días después, ya restablecido, aunque con los miembros aún bastante débiles, Demetrio, que preciso es reconocer se había conducido con extraordinario tacto, dejándome a solas como yo deseaba, y sin otras irrupciones en mi habitación que aquellas matinales o vespertinas, imprescindibles entre misántropos que aún no se deciden a desechar toda cortesía, para informarse respecto al curso de mi dolencia, Demetrio mismo me indicó la necesidad de iniciar la convalecencia con un paseo por el malecón.

Descendimos lentamente hacia la ría. Allí, medio reclinado yo sobre las piedras y Demetrio a mi lado, pero distraído en sus pensamientos, estuvimos un largo espacio.

El cielo bajo, de grises nubes compactas que se aclaraban en sus redondos bordes, pesaba sobre un mar denso, sobre el cual incesantemente se renovaba, como en una tela de araña, la más delicada trama de espumas. Ni un alma, en forma de barquero o pescadora, asomaba por la senda que bordea el malecón. Pero no reparé, y de ello me di cuenta luego, en un hombre silencioso que había llegado hasta cerca

de nosotros desde el otro extremo del solitario embarcadero, doblando un promontorio que corta por allí el paisaje de la ría hacia el interior.

—Tal vez sea debilidad, acaso sueño—dije a Demetrio haciendo un esfuerzo para hablar—. Es raro, pero siento aquí, en este instante, algo de que te hablé el otro día. Me parece que he muerto, y todo esto que veo lo contemplo como si fueran visiones de trasmundo.

Yo estaba, en efecto, tentado de confundir aquella ría con la Estigia, y una barca que venía a lo lejos, con sus apretadas filas de tripulantes diminutos y silenciosos, era la que algunos pintores primitivos colocan en sus tablas cuando quieren representar la resurrección, el juicio final o cualquier otro tema por el estilo. Todo lo veía con ojos de desencarnado, camino de otra vida más pálida, más fría, pero quizá más dilatada que la nuestra mortal. En aquel mundo silencioso que mirábamos no se notaba el menor movimiento. Las voces mismas de quienes tripulaban la barca no parecían brotar en sus labios cerrados, sino en los de algún ángel colgado allá entre las nubes, y sordas e ingravídas, pero visibles, fijarse en góticos y áureos caracteres sobre alguna alargada y blanca cartela que coronara el conjunto.

Demetrio, a quien creo, tal vez me equivoque, que mi fúnebre impresión no debió parecer del todo absurda, quiso sin embargo sostener lo contrario para no cambiar sus hábitos.

—No estás bien—me respondió con cierta displicencia—. Este paisaje, desde luego, no es un paisaje para tenderos enriquecidos, como dijo Unamuno de los paisajes andaluces, pero por eso mismo tiene una grandeza y una hermosura poco comunes. Tu enfermedad te ha vuelto obstinado y maniático. ¿No es verdad?

Al decir esto me miró de soslayo rápidamente, como para ver el efecto que me hacían las últimas palabras, a las cuales había añadido su insoportable muletilla, aunque esta vez no tanto por costumbre como por atenuar el efecto de aquéllas con una amistosa demanda de corroboración.

—Acaso tengas razón—le dije—. Y desde luego no estoy bien aún. Pero es posible que mi enfermedad, lejos de ser causa para no ver libremente este paraje, tal vez se ofrezca, por el contrario, como un elemento buen conductor de cierto flúido imperceptible, de algo extraño y dramático que hay latente en el aire—y esto lo agregué no

tanto por convicción como por sostener mi opinión distinta a la de Demetrio, sin sospechar la terrible verdad que así enunciaba a pesar mío.

Entonces fué cuando se adelantó parsimoniosamente, como un emisario del destino, el hombre que había estado fumando en silencio detrás de nosotros, sin que le viésemos, mientras escuchaba nuestro anterior diálogo. Parecía un barquero de los que tantas veces me perseguían por el malecón, si me apoyaba unos instantes en sus piedras para contemplar el mar, aturdiéndome con la obstinada oferta de conducirme en pocos minutos a Peñapol, y hasta murmurando entre dientes ciertas mágicas direcciones que me permitirían, una vez allí, distraerme durante unos instantes con toda clase de placeres, honestos o de los otros. Pero bajo aquella boina había en los claros ojos grises una nitidez que realzaba sus mismas viejas prendas de marinero.

Molesto sin embargo con la vecindad de un desconocido, como buen misántropo, me enderezaba y rogaba ya a Demetrio que nos marcháramos de aquel sitio, cuando el hombre, dirigiéndose sobre todo a mí, nos interpeló de esta extraña manera :

—¿Quién les habló de aquello? Creí que nadie lo sabía. Y si alguien lo supo, que lo habría olvidado ya.

Como ignoraba a qué pretendía referirse y por otra parte soy bastante tímido con las gentes desconocidas, mucho más si son gentes humildes, porque temo que interpreten como orgullo lo que sólo es falta de costumbre, quedé en suspenso, sin saber qué responder, y miré a Demetrio con la esperanza de que lo hiciera por mí, sacándome del apuro.

Por fin creo que acerté a murmurar un vago :

—No sé a qué se refiere.

—¡ Ah, vamos !—contestó—. Como les oí hablar no sé qué de muertos...—. Y frotándose la barbilla en ademán de reflexión nos miraba fijamente, como pretendiendo averiguar hasta qué punto decíamos verdad.

Adivinaba en él, puesto como siempre en lo peor respecto a los demás, la intención de unos tragos en común y al mismo tiempo la vanidad de hacernos partícipes de algo, quizá interesante, que sólo él conocía. Pero aunque un tanto intrigado en sus manejos no acertaba a decidirme, hasta que Demetrio intervino a su vez. No sé por qué lo

hizo; por curiosidad y aburrimiento tal vez. En cuanto a mí, si no es por la intervención de Demetrio, me hubiera vuelto a casa sin hablar con el hombre. ¿Hubiera obrado bien o mal? No lo sé.

—No hablábamos de muertos. Nos parecía triste este lugar—contestó Demetrio, aceptando como suyas también las impresiones que hasta unos momentos antes me había combatido—. Y además, como estamos desocupados—agregó en tono indiferente—, dejábamos pasar unas horas.

El hombre entonces inclinó un instante la cabeza, como indeciso, y luego nos dijo en voz baja:

—Ya sabía yo que algo de aquella angustia debió quedar en el aire—y decidiéndose de pronto, agregó—. Vamos allá—mientras nos arrastraba hacia el pueblo con un ademán de súbita energía.

Fué tan extraña su respuesta, tan coherente sin embargo con algo que sólo él conocía, que le seguimos maquinalmente. Una vez en el pueblo continuamos por las calles detrás del hombre, que como yo sospechaba antes, e hice esa observación a pesar mío, nos llevaba hacia el cafetín.

—¡Claro! Lo han averiguado sin darse cuenta—siguió diciendo como para sí—. El recuerdo de aquella angustia quedó allí, como el musgo sobre las piedras, aunque sus ojos, abiertos allá abajo, no nos vean, ni sus bocas puedan ya gritarnos para que los salvemos.

Debo decir otra vez que esas palabras me parecieron entonces naturales, a pesar de todo. A Demetrio no sé qué pudieron parecerle. Tal vez se interesara por la escena como buen profesional de la literatura, acechando «un caso».

Entramos en el cafetín, y aunque casi nunca vi a nadie sentado en las dos o tres mesas que allí aparecían, me dirigí al rincón que supe más apartado de posibles jugadores de tute o dominó y me senté allá con Demetrio y nuestro acompañante. Apenas había luz, porque estaba oscureciendo, y el dueño, con la escasa ganancia que debía proporcionarle su negocio, se veía forzado a las economías.

—Yo les conozco—continuó el hombre en su abatido monólogo, y refiriéndose a nosotros, aunque sin mirarnos. La petición de unas copas de coñac pareció volverle un tanto a la realidad.

—No sé si habrán hecho amistad con los hermanos S***—aquí dijo

un nombre, y nos miraba con sus pupilas donde brillaba ahora una fuerza juvenil—. ¡Pobres muchachos! Algunas veces los habrán encontrado por las calles del pueblo. Y si no los vieron, no sé qué otra cosa habrán visto en esas vueltas que dan de un lado a otro, como osos enjaulados... Perdonen... Son dos guapos chicos. Si él es grave y bien plantado, ella es bonita y callada, aunque quizá menos sería que su hermano. A veces parece que sonreiría un poco si éste no estuviera siempre a su lado, mirándola como para recordarle aquéllo.

Se calló un momento, moviendo compasivamente la cabeza. Luego vió su copa llena y la vació de un trago. Yo entre tanto creía recordar a los muchachos de quienes hablaba, las únicas personas que hasta entonces había tropezado en Santiniebla cuya presencia ofreciera cierto interés.

—Cuando la última guerra civil—prosiguió el hombre, ya en vías de relatar su historia; unos momentos antes Demetrio había pedido otras copas de coñac—, en Santiniebla no oímos un solo disparo. La lucha era por allá lejos—y movió varias veces la mano, como alejando una escena invisible—, pero aquel silencio era lo que más aterraba a la gente. Afuera todo aparecía tranquilo, pero por dentro, ¿comprenden?, iban el asco y el miedo. Sí, el miedo, el miedo; yo también lo sentí. Solos unos pocos, sin armas ni medios de conseguirlas, a cientos de kilómetros de los amigos que luchaban por ellos y por nosotros allá abajo, ¿qué podíamos hacer? Quería uno gritar para sacar a la luz con su voz todo aquello que le corroía por dentro. Pero seguíamos callados, con la cabeza agachada, haciendo nuestro trabajo. Y los niños entre tanto jugaban y se reían. Entonces fué cuando vi que los hijos, para nosotros, son lo mismo que esa espuma que va por encima de las olas. Es carne misma del mar, pero nada tiene que ver con él, con sus tormentas ni con sus alegrías. Mientras él se desespera o cuando se deja en calma, ella, esa risita blanca, se burla de todo en su misma espalda y nada se le da de nada.

Ni Demetrio ni yo interrumpíamos al narrador. Como poseído por un espíritu que así se lo ordenara, iba enlazando sus palabras con cierta dificultad visible. Demetrio había pedido al fin la botella del coñac, de la cual, tanto nuestro compañero como él se servían por sí mismos, y debo confesar que se servían con bastante frecuencia.

—Los sublevados, prosiguió el narrador, estaban seguros de su impunidad en este rincón, bien protegidas sus espaldas—y señalaba hacia las oscuras montañas que se escalonaban ocultas casi por la niebla, allá en la turbia claridad de la ventana, al fondo del cafetín—. Por las noches, a veces, oíamos llamar a esta o la otra casa, y al día siguiente alguno de nosotros faltaba.

Hizó aquí una pausa. Y de pronto, dirigiéndose a mí, porque todo el relato anterior lo había hecho casi ensimismado, gritó:

—¡Son ellos quienes les han hablado! Sí, ellos... Los pobres amigos...—su voz había vuelto al tono normal, bajo y grave, con que antes hablaba.—Uno a uno, continuó, todos desaparecieron, y casi todos eran jóvenes. Ya les digo, no se oyó un disparo. El pueblo no es grande y hoy parece vacío. ¡Cómo lo parecería entonces! Siempre me acuerdo de ellos. ¿Por qué tuvieron que morir así, sin luchar, sin defenderse? Luego, por encima de tantos cadáveres seguimos en este rincón como si tal cosa, mirando las nubes y escuchando la lluvia. Pero en este mundo eso no tiene remedio—y sacudió los hombros como apartando de sí un fardo inútil.

El padre de estos muchachos de quienes les hablo no vivía en Santiniebla de ordinario. Pasaba aquí, eso sí, temporadas más largas o más cortas, según su humor, que por cierto lo tenía bastante raro. Decían que era pintor. Yo nunca le ví pintando por esos vericuetos, como he visto a otros en diferentes ocasiones. ¡Gente más pesada, siempre como loca moviendo las manos en el aire, haciéndose pantalla y mirando aquí o allá, para acabar en el bar como una cuba a la que luego es necesario rodar hasta la cama. Lo mismo que yo, después de todo—aquí creyó sin duda necesario sonreírse, y nos miró interrogativamente, como para sondear nuestra opinión acerca de las gentes que acostumbran a emborracharse.

—Ese hombre era lo que se llama un artista—dijo Demetrio dándole una palmadita en el hombro para animarle.—Los artistas... ¡Buena gente!

—Sí, buena gente, eso es. ¡Buena gente!—respondió el hombre, satisfecho no tanto por aquella coincidencia entre su conducta y la de los artistas, como por no tener ya necesidad de disculparse ante nosotros a causa de su estado. Era por lo visto un bebedor lúcido, de esos que vi-

gilan sus actos mucho más bajo la influencia del alcohol que en estado ordinario—. Pues el padre, continuó, era entonces tan callado como sus hijos hoy, aunque éstos lo sean por distintos motivos. Venía de pronto, y todos los días le veíamos con un libro bajo el brazo caminar y perderse entre las rocas, allá lejos. Aquí estaba cuando la sublevación se produjo. Nadie sabía nada de él, ni de sus opiniones, si las tenía, ni de su vida misma. Pero según se murmuró, algunos de nuestros amigos habían escapado, gracias a su ayuda y a su dinero, hacia las montañas. En el fondo creo que lo hizo por nobleza natural, por auxiliar a los caídos, sin preguntarles quiénes eran ni por qué los perseguían. Cómo nos mirábamos unos a otros, por las mañanas, al encontrarnos en las calles, contando las caras amigas, para saber los que faltaban. Porque todas las noches aquel grupo oscuro seguía llamando a las puertas. Y desaparecían otros hombres, otros amigos nuestros. ¡Qué rabia se apoderaba de mí al ver nuestra impotencia! Hubiera preferido mil veces volverme loco antes que ver un día y otro aquellas frente caídas, aquellas miradas recelosas, aquel miedo a las palabras. Cuando alguien decía algo que a los demás les parecía peligroso, ¡qué silencio compungido e hipócrita, como si no hubieran oído! ¿Qué íbamos a hacer? Resignarnos. Un temblor de tierra no hubiera hecho menos muertos, ni el dolor de los vivos hubiera sido menor. Como un castigo de arriba lo mirábamos ya todo.

Apoyó la cabeza en las manos y calló unos instantes. Demetrio y yo respetamos su silencio. Era ya de noche y apenas si veíamos nuestras caras a la luz de un viejo fanal de barco que el dueño del café había colgado de una viga sobre el mostrador.

—Si hubieran encontrado, prosiguió nuestro interlocutor, en aquellas horas del amanecer a unas mujeres silenciosas que daban vueltas por el pueblo y por el campo cercano, mirando sin ver, como preguntando con los ojos por algo que sólo ellas y Dios sabían lo que era. Me contestarán que bien cruzados estábamos de brazos. Ya les dije antes que no teníamos armas, y las pocas que guardábamos nos las quitaron los sublevados. Luchar con ellos en esas condiciones era imposible. Tenían además refuerzos, y nosotros cada día éramos menos.—El hombre hablaba con creciente dificultad, acariciando su copa, o apoyando su cara en

las manos, de codos sobre la mesa unos momentos. Luego continuó, lanzando un ruidoso suspiro.

—Con los ojos nos decíamos algunos todo lo que en nuestras bocas se volvía silenciosa amargura. Y luego, estos odios... ¡Parecía que caminábamos cargados con el peso de grandes e inútiles piedras! Yo mismo había visto, días antes, al hijo de alguno de los futuros verdugos pasear por ahí, llevando de la cintura a la hija de otro a quien su padre iba a asesinar.

Unos hay que no pueden olvidar. Y van por esas calles como almas en pena, tan callados que ni la vida misma se les oye. Ya recuerdan aquellos muchachos, aquellos dos hermanos de quienes les hablé. El fué, el niño, porque entonces era un niño, quien adivinó el sitio donde los desaparecidos estaban. Creíamos que los llevaban hacia los montes y que allí acababan con ellos. Pero aunque escuchábamos a oscuras tras de las puertas, abriendo una rendija, encogidos, conteniendo la respiración, ni un solo disparo oímos nunca.

Un día, aun no había amanecido, oí llamar a mi casa. No soy cobarde, pero el corazón se me paró casi. Llamaban blandamente, como alguien que pidiera algo. Yo estaba vestido, porque había pasado la madrugada en vela, y creo que pocos serían los que aquellas noches durmieran. Cuando abrí la puerta de la calle, entre la niebla, se deslizó una sombra. Estábamos a oscuras. Al cerrar y encender el quinqué que llevaba en la mano, me encontré con Albano, el muchacho que hoy conocen ustedes. Eramos amigos, a pesar de la diferencia de edad, y muchas veces hemos atravesado juntos a nado esa ría. Siempre estábamos el uno con el otro. Y a mí acudía siempre, cuando tenía una alegría o una pena que comunicar a alguien. Al entrar se quedó quieto y silencioso bajo la escasa luz. Vi que estaba medio desnudo, dando diente con diente. Le envolví en un capote mío, acariciándole para aquietarle. Miraba sin ver, fijos los ojos en el aire, hasta que por fin me habló. Por mucho he pasado en mi vida, no sé lo que aún me quedará por pasar, pero nunca olvidaré aquella voz de niño llena de odio, que se desgarraba, como el cielo de tormenta, en unos claros de temblor infantil. Sólo decía una y otra vez: «sácalo de allí, sácalo de allí». No podía suponer de quién hablaba, ni a qué se refería. Un escalofrío agitaba su cuerpo a intervalos casi regulares. Quise encender en el hogar un poco

de leña, pero entonces cogió mi brazo, sin dejarme hacer, y repitiendo su «sácalo de allí». Luego añadió: «aun debe estar vivo», a la vez que me arrastraba hacia la puerta.

Hizo aquí el hombre una pausa. El dueño del bar, entre tanto, al ver que nuestra conversación, con la botella al lado, se prolongaba a pesar de la hora avanzada, subió por una retorcida escalerilla al piso de encima, donde se le oyó pasar varias veces, haciendo crujir sobre nuestras cabezas la débil tablazón del techo. Un gato blanco, pulcro y desdénoso, aprovechó esta ausencia para surgir de las tinieblas, encaramándose de un salto sobre el mostrador, donde se sentó entre las botellas, entornando los ojos con solitaria voluptuosidad.

—Comenzaba a amanecer, continuó nuestro interlocutor. Ni una sola de las suposiciones que hice en aquellos momentos era la verdadera, como siempre ocurre. Pensé en un suicidio, en otros accidentes, pero no en aquello. Sólo después recordé, y así les dije antes, que sospechaban al padre de Albano como autor de haber facilitado la fuga a varios de nuestros amigos. Pero de eso hice memoria luego, como explicación, si allí cabía explicación. Entonces no se me ocurrió. Mas a pesar mío un terrible presentimiento me impulsaba con Albano hacia fuera. Cogí su fría manecita y salimos juntos. La niebla había desaparecido con el alba. Una luz pálida, esa misma luz de muerte de que ustedes hablaban hace poco, asomaba como un cuchillo sobre los montes. Yo vivo cerca del mar; no tuve más que cruzar unos escalones para encontrarme junto a las piedras del malecón. Nadie aparecía por parte alguna. Las horas del amanecer eran precisamente las únicas en que todos nosotros, desgraciados, descansábamos unos momentos. Hasta la noche próxima los asesinos se habían ya recogido, huyendo de la luz.

Al acercarnos al agua, Albano murmuró una vez más su «sálvalo», pero esta vez sin voz casi, sin fuerza y como a pesar suyo, no creyendo quizá en la posibilidad de lo que pedía. Lo que no me explico, ni aún ahora, es cómo fui yo quien hizo aquéllo, cómo pude ver lo que vi. Creo que alguien más fuerte que Albano me llevaba a hacerlo, o quizá me llevaba a través de la mano misma de mi amigo, que se crispaba en la mía, ella tan débil y perdida otras veces, con una energía y una expresión superior a la de un niño.

Siempre he nadado bien, y he sido buzo. Desnudarme fué cosa de

un instante ; mis ropas volaron sobre mi cabeza, cayendo por el suelo al lado de Albano. La ría no tiene en aquel lado, cerca del embarcadero, gran profundidad. No sé por qué eligieron para sus crímenes aquel lugar y no otro más hondo ; unos cuantos metros más allá el agua tiene mayor profundidad. Acaso lo eligieron porque está resguardado y apartado del pueblo por el corte mismo de la colina. Pero no sé por qué discuto esto. Cuando caí en el agua creí que unos cuchillos me arrancaban la piel ; nunca he sentido un frío igual. No era el frío del mar en el invierno ; no, no era un frío natural. ¿Comprenden? Era un frío de muerte. Ya casi comenzaba a esperar lo que vi. Y verlo, ver al fin aquel horror con mis propios ojos, fué para mí, no sé si lo creerán, casi un alivio, porque ya no tendría que adivinarlo a solas entre angustias sin nombre, un día y otro día, interminablemente.

Al bucear en las aguas, que ya se transparentaban confusas con la luz del amanecer, chocó mi cuerpo contra una masa blanda que al principio, en la oscuridad, no podía presumir lo que era. Intenté alejarme de aquello, pero mis brazos se enredaron en otros brazos y mis piernas en otras piernas. Cuando la vista se acostumbró a la débil claridad que hasta allí se filtraba, me hallé preso entre un montón de cuerpos ahogados, a quienes las piedras que trababan sus pies amarrados mantenían erguidos, hinchados, mordidos y descompuestos, pero que parecían vivir para eterna amenaza y remordimiento. No quiero acordarme de lo que vi en el sitio donde un tiempo brillaron sus ojos.

Por un impulso involuntario y más fuerte que yo, sacudiéndome de aquel viscoso lazo, agité el agua con los pies y huí hacia arriba, hacia la superficie. Junto a las piedras me aguardaba Albano. No había en su mirada ninguna pregunta, ninguna esperanza. Supuse entonces que había seguido a su padre cuando los asesinos lo sacaron de la casa, sin que nadie lo viera, y que los habría seguido hasta el borde mismo de la ría. Lo abracé. Nada me preguntó, ni yo tampoco le dije nada.

¡ Dios !—gritó el hombre al terminar su relato. Y luego añadió— :
¡ Pobres amigos !

Sin mirarnos, Demetrio y yo nos levantamos a un tiempo y salimos del café. El hombre quedaba allá, de codos sobre la mesa, la cabeza caída sobre los brazos, a la escasa luz de la lámpara, como un

sueño de remoto horror. Una ráfaga de aire helado y salobre azotó nuestro cuerpo al salir a la calle.

Al hallarme de nuevo en mi habitación, después de encender la luz, volví en mí, porque todo el esfuerzo de Demetrio y mío, con la oscura consciencia de ese olvido que es nuestro unido dote positivo en la vida, fué para afrontar en la calle las tinieblas, la lluvia y el viento, cotidiana trinidad que presidía los días de Santiniebla, y que sin duda seguirá presidiéndolos, al menos yo así lo supongo, ya que no habiendo vuelto por allí ha sido para mí imposible comprobarlo. La noche en cuestión, al menos, todos esos elementos del viejo misterio estaban desatados. Pero al mismo tiempo, qué alivio sentí al no tropezar durante el camino desde el café hasta mi casa con ninguna figura humana. No incluyo a Demetrio porque este iba olvidado a mi lado. Ya a solas conmigo, mientras tendido en la cama hojeaba distraídamente un libro, la voz del viento en los cristales de la ventana sonaba llena de afanes, de deseos, de remordimientos tan humanos, con esas mismas voces que otros vientos ululantes levantan en el fondo de nuestra alma, que sólo así, como una voz gemela de la mía podía escucharla; como mi misma voz, que lloraba allí, a mi lado, por mí y por los hombres todos. Su profundo desconsuelo me aliviaba inmensamente del mío solitario en aquella cerrada habitación.

Las líneas del libro que leía escaparon borrosas bajo mis ojos. La certidumbre de sentirme vivo, entre el vasto dolor universal, al que yo no necesitaba abrir mi ventana, aunque escuchara allá su voz, porque ante él no hay ninguna barrera, y todas, sean débiles o fuertes, ceden a su paso, me hacía también abandonarme egoístamente a la inmovilidad en tan divinos e ineludibles brazos. Luego sólo sentí la imperceptible y olorosa ráfaga de unas rosas tardías que estaban en un vaso sobre la mesa.

LUIS CERNUDA

COMENTARIO POLITICO

DE ESTOS ULTIMOS DIAS

Ha sido menester que los piratas se permitieran atacar a unos barcos ingleses, para que Inglaterra se enterara de que había piratas en el Mediterráneo. Ha sido menester que se registraran en París unos atentados de tipo netamente terrorista y netamente fascista, para que Francia se enterara de que el fascismo no era cuestión privativa de Abisinia y de España. La verdad, mentiríamos si dijéramos que hemos lamentado mucho esos «acontecimientos»; mentiríamos asimismo si dijéramos que, en nuestro fuero interno, no abrigamos una secreta esperanza de que habrán de repetirse acontecimientos de esta índole, para que el mundo—lo que se llama el mundo civilizado, el cual, como sabes, lector, comprende desde los linchamientos de negros en Norteamérica y las condenas de Scottsborough, hasta el «Hard Labour» como modelo de régimen penitenciario, y los famosos «bagnes» de niños en Francia—, el mundo, decimos, se percate de que los deseos expansionistas de unos fascismos necesitados de sostenerse como fuere, pueden constituir una amenaza *también* para la frontera meridional de Francia, y *también* para la hegemonía en los mares de la orgullosa Albión.

Que atribuir a otros móviles el giro, más favorable a la España republicana, que va tomando lo que, en lenguaje diplomático, llámase la atmósfera de las cancillerías, sería volver a la ingenuidad que, al principio de la intervención italo-germano-lusitano-rifeña (y lo que no se ve) nos llevaba a creer que, en cuanto mister Eden, o Mr. Blum, tuvieran pruebas palpables de dicha intervención, apresuraríanse a reconocer, a un Gobierno legítimo, su legítimo derecho de aprovisionarse de medios de defensa contra sus agresores. Por suerte, o por desgracia, mister Eden y Mr. Blum, al resistirse a considerar, como pruebas fehacientes de intervención extranjera, los trozos de las bombas alemanas e italianas que asesinaban a las mujeres y niños españoles, nos curaron ha tiempo de toda ilusión acerca de lo que algunos Gobiernos democráticos

entienden por ayuda a la Democracia, cuando temen que esta ayuda pueda herir los intereses, y hasta las susceptibilidades capitalistas.

En fin, lo cierto es que el panorama va cambiando, y que los discursos del jefe del Gobierno español en Ginebra, subrayados por los disparos de los submarinos piratas y las detonaciones de las bombas fascistas en París, han logrado un éxito que no pudieron lograr, anteriormente, ni otros discursos pronunciados ante la misma altísima e indiferente Asamblea, ni los comunicados enviados, con pruebas irrefutables, a todos los Gobiernos más o menos disfrazados de democráticos.

Felicitémonos, pues, de que estos discursos del doctor Negrín hayan sido acogidos, cual correspondía a oraciones de contenido irrefutable. Felicitémonos también de que, al «subir el papel» de la España republicana en el mercado diplomático mundial, vayan quedando relegados a las guardarroperías de las campañas descaradamente tendenciosas, esos espeluznantes relatos demostrativos de nuestras «barbarie roja»; una barbarie cuya fantasía—hay que reconocerlo—es consecuente, y no ha variado un ápice desde que «los rojos» nos entreteníamos, en la Asturias del 34, en sacarles los ojos a los hijos de los seráficos guardias civiles. Sí; bueno será apuntarnos también este tanto: las hojitas que los fascistas enviaban a los miembros de la Conferencia Interparlamentaria recientemente celebrada en París, hojitas con ristras de crímenes nuestros, no hubieron ya de impresionar, ni siquiera a las delegaciones de esos pequeños países más o menos fascizantes, y más o menos presas en la órbita de la política inglesa. Y sería incurrir en una modestia fuera de lugar, el silenciar aquí que el informe de quien estas líneas firma, acerca de la obra cultural de la República española, fué escuchado con singular interés, y creciente entusiasmo, aun por aquellas delegaciones, al parecer, más distantes ideológicamente de nuestra propia ideología.

Felicitémonos, pues, lector amigo, de que nuestra España heroica y mártir vaya dejando de ser conejillo de Indias, para las experiencias de los Gobiernos democráticos de mayores campanillas, respecto a la significación del fascismo, nacional e internacional. Y, por aquello de que los milagros conviene se hagan, aunque los haga el diablo, celebremos, sin demasiadas reservas mentales, esta solidaridad que va despuntando hacia nosotros, y que no puede, como es natural, hacernos olvidar aquella que tan magníficamente expresaron, desde el primer momento, junto con Méjico, cuyo Presidente supo atender a razones realmente profundas «de civilización» antes que a conveniencias, que a la postre habían de volverse contra quienes sólo a ellas atendieran, y con la UNIÓN SOVIÉTICA, cuya «fraternidad» para con España no hay

español antifascista que pueda, ni desconocer, ni jamás olvidar, los únicos que en el mundo entero, y por encima del juego limpio, o por demás turbio, de la política, supieron comprender lo que merecía la España republicana: los trabajadores de todos los pueblos, para quienes el fascismo sojuzgador de las libertades de las masas laboriosas, y aniquilador de la dignidad humana, es, sin necesidad de que estadistas a lo Eden o a lo Blum se lo digan, el peor enemigo, sea donde sea donde se produzca, y sean cuales fueren las ayudas de que disfrute.

MARGARITA NELKEN

NOTAS

«DE UN MOMENTO A OTRO»

POR RAFAEL ALBERTI

EDICIONES «EUROPA-AMÉRICA». MADRID, 1937

Acaba de editarse una colección de poemas escritos por Alberti entre los años de 1932 a 1937 titulada «De un momento a otro». Casi todos ellos habían ya aparecido en distintas revistas y publicaciones o en ediciones pequeñas, mas ahora se nos ofrece la oportunidad de verlos reunidos en un volumen.

«Poesía e Historia» es el lema que aparece en la portada como subtítulo y es, en efecto, este libro un índice de la poesía dramática y apasionante, viva en la historia de nuestros últimos años, historia de presagios y dolores, de esperanzas dibujadas sobre un mapa de oscuras realidades; y la historia, al mismo tiempo, de la evolución de un poeta, la historia de la poesía de Alberti en los años citados, su historia propia, la historia de un alma. En las breves líneas que sirven de prólogo a este libro, dice el mismo autor: «Pero nuestra guerra, con su terrible potencia creadora, me tira y zamarrea diariamente, llevándome, sin rumbo, a los estados de espíritu más diversos». Nosotros podemos añadir que antes de la guerra, cuando la gran batalla era sólo presentimiento, ya Alberti, símbolo entonces, en una época callada, de la protesta y rebeldía, era como un naufrago llamado por voces que encontraban en él un eco desgarrado. Después de «Sobre los Angeles», magnífico libro, ya angustioso, crece en él la desorientación, el momento de crisis. Escribía entonces blasfemias o tiernos recuerdos líricos, se indignaba, se movía y sacaba la paloma del asombro y el revólver ante el coro risueño y cortés de las señoras sabias, esposas de eminencias. Pero aquello está ya muy lejos. Luego se marchó. Y volvió. Había visto, había pasado mucho; venía triste, esperanzado. Era en los primeros tiempos de la República, cuando la agitación de los campesinos. «Se les prometen los campos y al campo van a matarles», estas son las palabras que van como cita en su poema «Al volver y empezar», y al mismo poema pertenecen estos versos:

*Vine aquí cuando ésto,
llegué aquí
cuando esta hermosa sangre sucedía.*

Viene lleno de propósitos, busca a sus conocidos, quiere empezar, inquietarlos, transmitirles la buena nueva recibida.

*Llegué aquí,
volví
y vi cadáveres sentados
cobardes en las mesas del café y del dinero.*

En los poemas de esta época alternan la imprecación y la ternura, llama a los amigos para la nueva empresa, quiere levantarlos hacia esa empresa para la cual él se ha sentido llamado.

*Amigos
escuchad.
¿Qué?
Nos llaman.*

Y con algún otro poema más se acaba esta serie, la primera de las cinco en que divide el libro «De un momento a otro».

En la segunda serie hay varios poemas recogidos con el título general de «La Familia (Poema dramático)». Es el mundo del pasado, los recuerdos obsesivos del mundo de la niñez, pegado aún a nuestra sangre con las siluetas disparatadas y enigmáticas de los parientes remotos y arbitrarios, locos, oscuros, pintorescos. Un recuerdo del cual el poeta parece querer librarse, pero que evoca al mismo tiempo no sin cierta nostalgia; la condenación de unos fantasmas atormentadores, fijos aun a la memoria, unidos a la vida de nuestros hijos tal vez; tíos, tías; tías, tíos segundos, que él define novelescamente, en un relámpago de prosa poética:

*José María, llamado el triste, beocio, filatélico y habitante en una
pajarera.*

*Josefa, galápaga de luto, enamorada del Santísimo, perseguida por
priapos imaginarios y nocturnos, errante y pobre por las iglesias
y conventos.*

Y acaba, tras el desfile de esta galería de sombras:

*Moríos, o preparaos a la lucha, pues otra clase se ha alzado ante
la vuestra...*

Antes, y perteneciente a esta misma serie, va incluido el bellissimo poema titulado «Colegio (S. J.)», que recuerda poemas anteriores suyos y hace pensar en la honda huella que, al igual que en Juan Ramón, debieron dejar en él los días oscuros y alegres de su presa niñez andaluza, cuando un cielo o una rama o el mar prometen una palabra libre de teoremas, una canción sin profesor. Su evocación del colegio jesuítico, su amor de entonces y la maldición apenas contenida, nos recuerda también, y no es ello de extrañar dado el tono novelesco de este poema, como el de algunos otros suyos, nos recuerda, digo, las primeras páginas del «Artista Adolescente», de J. Joyce.

Dice en él :

*No es posible,
no quiero,
no es posible querer para vosotros la misma infancia y muerte.*

Es también para librar a los niños de esa tristeza, para que torpes pedagogos nos oscurezcan el cielo, para lo que Alberti, como verdadero poeta, abraza la causa justa del pueblo.

La serie tercera la forman cuatro sonetos y un extraño y lírico poema de gran encanto, un poco al modo del anterior, llamado «Geografía Política». Los dos primeros sonetos son en extremo interesantes como expresión de una angustia profundamente sentida. Son estos dos sonetos un grito por el temor de que un día la carne dolida, forzada por terror bárbaro, traicione al alma, al puro sentimiento de la fidelidad y la camaradería. Son el horror de pensar que un día tal vez se denuncie al amigo, si los músculos, si los huesos no saben ya resistir al tormento. Y es sobre todo el tormento de pensar que esta ignominia sea posible, saber que el cuerpo es débil, más real que el alma; negación de nuestro íntimo albedrío.

El primer soneto acaba diciendo :

*Y el pensar solamente que os denuncio
me arranca los raigones de las uñas
y trastorna los quicios de los huesos.*

Y el segundo :

*¡No lo diré! Mas la mayor tortura
será siempre este estado de conciencia.*

Terribles sonetos, compuestos sin duda bajo esa impresión que en todo espíritu honrado produjo la feroz represión que el gobierno gilroblista decretó en España después de los sucesos revolucionarios de octubre de 1934. En ellos, al calor de esta duda, se plantea un problema de gran envergadura filosófica, lo cual no es frecuente en los poemas de Alberti, prescindiendo, claro es, de ese hondo sentido metafísico, de superior conocimiento, que late en todo buen poema.

La serie cuarta la forman las poesías del libro «13 Bandas y 48 estrellas», publicado ya en una pequeña edición aparte. Son estas poesías recuerdos de su viaje por América Central, poemas de gracioso acento exótico en los que viven plantas y animales tropicales y se usan americanismos, palabras extrañas al decir de Alberti. Poemas de humor unas veces, de tristeza otras, de burla, de esperanza de redención en una tierra virgen oprimida por el voraz capitalismo. Y es en la tierra, en los bosques, lejos de esos pozos de petróleo, donde se esconde el hombre, el indio, el negro, la promesa de una tierra exuberante. Estos

poemas son para nosotros, sin embargo, los de menos interés del libro. Muestran sólo una faceta, un momento del alma del poeta.

A continuación viene en el libro la serie quinta y última, que forman los poemas dedicados al general Miaja, agrupados bajo el título de «Capital de la Gloria». Salvo los tres últimos, uno dedicado a García Lorca, otro titulado «Quinto Cuerpo de Ejército» y el que cierra el libro, «18 de Julio», más otro dedicado al general Kleber, todos los demás, los ocho restantes, han aparecido ya en las páginas de esta misma revista.

Estos poemas son para nosotros sencillamente extraordinarios y hubiéramos querido dedicarles toda la atención que a nuestro juicio merecen. Están casi todos ellos escritos en Madrid a partir de noviembre de 1936, salvo dos o tres escritos desde lejos, durante una breve ausencia, que están dedicados también a Madrid, al Madrid glorioso, evocado y sentido desde fuera.

Aparte de la calidad magnífica del verso, de su rigor absoluto, lo que más impresiona sin duda en estos poemas es el tono, la calidad opaca de lumbre en rescoldo, el apagado viento que campea en ellos. Tienen color de otoño, diríamos. «Madrid-Otoño», se llama el primer poema de esta serie. Color de tristeza y muerte, de esperanza oculta levantada sólo por amor, color de siglos, color del invierno que llega, de dolor que no logra vencer a la alegría, color de hoja caída :

Voy las hojas difuntas pisando entre trincheras...

Aire de drama, de historia desaparecida con espanto :

*Hay casas cuyos muros humildes, levantados
a la escena del aire, representan la escena
del mantel y los lechos todavía ordenados,
el drama silencioso de los trajes vacíos,
sin nadie, en la alacena.*

Y la segunda parte de este mismo poema «Madrid-Otoño», concluye :

*este cuadro, este libro, este furor que ahora
me arranca lo que tienes para mí de elegía
son pedazos de sangre de tu terrible aurora.
Ciudad, quiero ayudarte a dar a luz tu día.*

El poema «Los Campesinos», empieza :

Se ven marchando duros, color de la corteza...

Y luego vienen estos versos lúgubres, que recuerdan al mejor Machado :

*Sonando a oscura tropa de mulos insistentes,
que rebasan las calles e impiden las aceras,
van los hombres del campo como inmensas simientes
a sembrarse en los hondos surcos de las trincheras.*

Terribles como un fiel retrato, con la voz de la sorpresa o maravilla, nos parecen estos versos con que comienza el poema «Vosotros no caísteis».

*¡Muertos al sol, al frío, a la lluvia, a la helada,
juntos a los grandes hoyos que abre la artillería,
o bien sobre la hierba que, de puro delgada,
y al son de vuestra sangre, se vuelve melodía!*

Y no sé si con razón o no, pero el caso es que estos versos de Alberti, desde el primer momento que los conocí, hicieron revivir en mí una impresión ya sentida leyendo otros poemas, ese color de sol viejo que se dobla, esa muerte y tristeza, esa hondura propia de algunas de las mejores páginas de nuestra literatura clásica, de ciertos Sonetos de Quevedo, por ejemplo, especialmente de este tan famoso cuyo aire yo recordaba :

Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
de la carrera de la edad cansados,
por quien caduca ya su valentía.
Salíme al campo, vi que el Sol bebía
los arroyos del yelo desatados,
y del monte quejosos los ganados,
que con sombras hurtó su luz al día.
Entré en mi casa; vi que, amancillada,
de anciana habitación era despojos;
mi báculo, mas corvo y menos fuerte.
Vencida de la edad sentí mi espada,
y no hallé cosa en que poner los ojos
que no fuese recuerdo de la muerte.

Mas, se dirá, ¿por qué recordar ahora este soneto melancólico, de abandono y de cansancio? Pues, sencillamente, porque la tristeza está ahí, porque la leo en estos versos lo mismo que aquéllos, sin que esto quiera decir que ambas composiciones representen lo mismo. Aquella época a que aludía el soneto de Quevedo caía, sí, y ésta se levanta; pero no importa. El poeta madruga cuando otros duermen aún—tal es el caso de Alberti—y descansa, quizá, luego, en sus propias tristezas e intimidades, y cubre con ellas el mundo externo que canta; o finge reposo y moderación, en el instante justo en que los energúmenos, antes dormidos, ahora vociferan. El ya estaba aquí y cuando vosotros habéis llegado ya no está: se ha ido más lejos. Y no es que la tristeza esté más allá de la alegría, no. La alegría y la tristeza se funden en el poeta en lucha inacabable.

Alberti se ha esforzado ahora en contener su impulso poético en formas clásicas de verso; era ésta, sin duda, la forma necesaria para su nueva voz. «Mi exploración de las nuevas realidades líricas y dramáticas de España y del

mundo, me han conducido lenta y difícilmente a este cambio de voz, de acento» dice él mismo en el prólogo de esta obra que comentamos.

No temáis. La fe del poeta nace de él mismo, nadie la impulsa; crece con el dolor. Cuando el poeta se exalta, cuando el poeta canta la alegría, no creáis que olvida su pena; pero si canta el color de la muerte, sabed que dentro de esa muerte él ve, latiendo, una vida. El poeta espera siempre. No debéis temer si él parece apagarse. Su fe, levantada con esfuerzo, es garantía de constancia. El poeta, si lo es, aunque niegue, cree más que los fáciles afirmadores. Y aquí Alberti no niega de ningún modo, al contrario, levanta con vigor su ánimo, ensombrecido quizá por un instante, receloso tal vez, caído en el otoño por circunstancias varias y particulares sin duda, externas unas y otras íntimas que no hemos nosotros de investigar. Sea como fuere, a este estado de ánimo debemos unos maravillosos poemas. La melancolía que de ellos se desprende es, al menos para algunos, más acuciadora que el grito de los carteles. Y su fe, afirmada por encima de la pena, es para nosotros más firme que esa otra fe externa vertida en tópicos palabras.

Veamos cómo acaba el triste poema que titula «A «Niebla», mi perro»:

*«Niebla», mi camarada,
aunque tú no lo sabes, nos queda todavía
en medio de esta heroica pena bombardeada,
la fe, que es alegría, alegría, alegría.*

Emocionantes son también estas otras palabras escritas desde fuera, dedicadas al Manzanares, a nuestro castizo río de siempre, ahora universal:

*Campes sin guerra, os traigo de las atronadoras
desangradas orillas del pobre Manzanares,
un saludo enramado de sus libertadoras,
destrozadas encinas y partidos pinares.*

En el poema «Elegía a un poeta que no tuvo su muerte», hay versos reveladores de una preocupación moral, de un imperativo que, más que a ningún otro, parece en ciertos momentos acechar la vida de Alberti:

*Mas si mi muerte ha muerto, quedándome la tuya,
si acaso le esperaba más bella y larga vida,
haré por merecerla, hasta que restituya
a la tierra esa lumbré de cosecha cumplida.*

En el poema «Quinto Cuerpo de Ejército», leemos estas líneas, que cantan una gloriosa transformación, algo que viene a ser el símbolo de nuestra lucha, la clave prometedora:

*Ellos, analfabetos, descalzos, cargadores
de vida amarga y sacos sólo grandes de penas;*

*ellos, los más difíciles, nuevos libertadores
de Madrid y alicates de sus largas cadenas;
ellos entre las balas, los himnos y las flores,
miradlos vencedores.*

Y por último en «18 de Julio», escrito para celebrar el aniversario de nuestra guerra estas palabras que son como resumen de recuerdos y dolores, de esperanzas enlazadas por un excelente poeta que vive hondamente nuestra lucha, un poeta que hace una afirmación rotunda mirando al mañana :

*¡Cuántas torres al viento no se elevan,
ni se levantan ya para miradas!
Mucho, mucho ha caído.
¡Cuántos y cuántos buenos camaradas!
Mas nada inútilmente se ha perdido.*

ANTONIO SANCHEZ BARBUDO

DOS CONFERENCIAS EN LA CASA DE LA CULTURA

La Casa de la Cultura ha aprovechado la estancia entre nosotros de dos escritores cubanos, el poeta Guillén y el escritor y profesor Juan Marinello, para hacer posible que les escuchásemos.

La conferencia es un tipo de comunicación entre el escritor y su público que no se ha sabido todavía mejorar ni substituir. Después de largos años de auge, parecía eclipsarse. Pero lo cierto es, que ninguna otra cosa se ha encontrado para satisfacer esa necesidad que de pronto siente el público de escuchar las palabras que ha leído, de ver manando de su propio origen las ideas ya descubiertas, de percibir concretamente, en realidad tangible, el sentido espiritual que la lectura le da lejano y abstracto. El escritor a su vez se encuentra encerrado en su soledad, y a su generosidad de escribir no suele seguir la recomendación de una respuesta. También él necesita ver el rostro de su público, comprobar con su presencia lo que no encuentra su soledad.

En los actuales momentos es difícil que un escritor pueda tener medida exacta de su público por el que acuda a sus conferencias. Apenas es posible, y ello supone un gran esfuerzo para muchos, el acudir desde la agitada faena a que las circunstancias de la guerra obligan, a la sala donde se celebra la conferencia. A veces, aunque la dificultad material no exista, el estado de espíritu

no es ese. En cambio, una sinceridad brilla en el público que acude y el que está presente lo está en realidad.

Marinello es conocido entre nosotros y estimado como uno de los más serios valores de la otra España. Su espíritu ha estado presente desde primera hora en nuestra tragedia en la que participa activamente; él es de los que no se ha conformado con pensar de lejos, sino que llegó sencillamente hasta adentrarse en esta hoguera que hoy es España, penetrando en ella sin darle importancia, que es la mejor prueba de autenticidad. En conferencia sobre el sugestivo tema «Direcciones de la lírica cubana de hoy», era pensada y sentida desde aquí, es decir, desde lo que aquí ocurre. Todavía sucede que algunos intelectuales, sin que su lealtad padezca, escriben y hablan desde donde siempre. Su actividad puede estar inclusive dedicada a tareas concretas, a veces abnegadas y heroicas, pero su pensamiento transcurre por los viejos caminos. Marinello, por sensibilidad, y por algo todavía más hondo que la sensibilidad: por sentirse afectado en la integridad de su destino por lo que aquí ocurre, escribe y habla traspasado de ello.

La poesía cubana es, a su vez, un tema revolucionario y en ese sentido fué expuesto: como expresión de una lucha liberadora, tanto más dramática por estar en ella la raza negra que clama unida a la humillada raza blanca. Ya poesía, cuando lo es, es liberadora, y al hallar el negro de Cuba su expresión poética encuentra categoría humana.

Otro aspecto de la poesía cubana, el que directamente nos llega por ser universal, es el momento de la poesía pura, de la poesía de la absoluta soledad en que por serlo coinciden todos los poetas de ese instante del mundo. No es una moda, sino una situación profunda a la que responde esa poesía de la que no se podrá jamás prescindir; ni en la historia de la poesía ni en la historia de los verdaderos sucesos del mundo. Marinello, agudamente, planteó el problema de la poesía pura en Cuba «país tan ahogado de fatalidades esclavizadoras, tan urgido, por ello, de una obra enterrada en la carne colectiva».

Las líneas de evolución de la poesía cubana se mostraron claramente dibujadas ante nosotros, viniendo a converger todas ellas en el esfuerzo terrible que el destino de esta hora—de España y de Cuba—manda. Después de escuchar a Marinello una gran confianza se reafirma en nosotros, confianza en la universalidad de nuestros combates y en la hermandad verdadera de nuestros pueblos.

Nicolás Guillén fué una comprobación más; voz familiar que nos parecía no recién descubierta, sino largo tiempo oída y de siempre conocida. Su «Son. goro Cosongoro» fué una revelación poética desde aquí recogida y comprendida. Así lo manifestó Manuel Altolaguirre en sus palabras de saludo en las que recordaba su conocimiento del poeta a través de Unamuno, una tarde, hace ya varios años. Desde entonces hasta ahora un largo camino ha sido recorrido por el poeta; de las formas espontáneas del són cubano, la lírica ha ido en-

contrando otras formas, ensanchando su horizonte hasta llegar a ese «España, poema en dos angustias y una esperanza», del cual nos leyó el poema dedicado a García Lorca. Entre ambos está la poesía que diríamos «política» revolucionaria, el canto al soldado—al hombre oculto bajo el soldado—la búsqueda poética de lo que late bajo la angustia y la humillación. Están al salir un libro de Guillén y otro de Marinello que sellarán su permanencia entre nosotros.

M. Z.

EMILIO PRADOS. «LLANTO EN LA SANGRE»

ROMANCES 1933-36 (DIBUJOS DE MIGUEL PRIETO)

EDICIONES ESPAÑOLAS

Todavía adolescente escribí un romance contra la guerra imperialista. Entonces era el tiempo, y tal, como ahora, la voz de Emilio Prados. Cuatro versos escogidos por mí de otro romance suyo, figuraban bellamente al frente de los míos. Corrían los años, asombrosamente ya distantes, de romántica lucha, política y poética, contra un peligro horrible que nuestra razón, la gran razón que hoy nos asiste, veía alzarse con espanto ante sus ojos.

Porque ahí, en esa alta razón viva de Emilio Prados, que ya es por fortuna la razón común de los poetas de la España leal, en una de nuestras más nobles conciencias revolucionarias, reside la gran fuerza poética de sus romances. En ellos estaba ya, por aquellos años imprecisos, el arranque de nuestro Romancero heroico.

La agitada realidad social de nuestro país llevó muy pronto a Emilio Prados, hacia una poesía, cual un arma más para la liberación de los hombres oscuros de los sindicatos malagueños. El poeta del Sur, de limpia formación culterana, tal vez sacrificaba con ello otra poesía más pura, pero más difícil (si es que hay dificultad cuando existe verdadera poesía), que, seguramente, ya no será escrita. No hubo que esperar julio para hallar su nueva voz, si octubre y otras fechas y sucesos le habían dictado ya el romance trágico de su calendario, oprimiéndole de terror las pupilas.

En realidad, su último libro «LLANTO EN LA SANGRE», comprende tres recopilaciones distintas:

El «Calendario incompleto del pan y del pescado», reúne romances publicados entre los años 1933-34. Son los mejores, acaso por la mayor imprecisión de la lucha y sus consignas. El dolor de los oficios del mar y del campo, que

aparecen en versos llenos de clásicas resonancias bucólicas, y el rumbo de la primavera temblando entre la doble pregunta—su bella y doble definición lo pesca del labrador y el amo—hacia un mayo de que serán dueños los trabajadores, porque los días no pueden ser peores para los odiosos amos.

Fatalmente el tiempo de su «calendario» llevaba a octubre, hito trágico que dividirá, en lo sucesivo, toda la poesía española, si la vida misma y la dignidad humana tuvieron que decidirse en aquella fecha.

Durante la represión feroz de Asturias, Emilio Prados escribe nueve tenebrosos romances, llanto por octubre ensangrentado, en cuyos canales retumba, con voz de viejo romance castellano, todo el dolor de un silencio incontenible, con su propio riesgo desatándose. A quien poco antes le sacudiera un «llanto subterráneo» se le espantaron como a nadie los ojos, llenándole de llorar todas las venas de su sangre.

Los romances de la guerra civil, de que tanto ha hablado poéticamente Emilio Prados, y que ya figuran en el Romancero general, su propia obra de recopilación, cierran su libro nuevo, donde la poesía contribuye tan noblemente, aun a trueque de salir perdiendo con expresarse tanto en romance, a la causa de la liberación de nuestro pueblo, de la que Emilio Prados es uno de sus primeros poetas militantes.

BERNARDO CLARIANA.

EL GRUPO «ARTE Y PROPAGANDA» EN EL TEATRO DE LA ZARZUELA DE MADRID

En los primeros días del mes de septiembre se ha inaugurado en el teatro de la Zarzuela la compañía que, dirigida por María Teresa León, ha de poner nuestro teatro, al menos en parte, a la altura que requiere el momento. Repetidamente se ha dicho ya la vergüenza que supone que aun se den en nuestros teatros las obras más vulgares y chabacanas, obras fascistas por su contenido servil y estúpido, que pervierten la sensibilidad del pueblo. Intereses de nuevos mercaderes y la locura de los que vienen a realizar su «idea» en estos momentos dramáticos, son la causa de que subsista aún ese teatro anacrónico y repelente, embrutecedor. Varios son ya, afortunadamente, los intentos que se han hecho por grupos y personas aislados para acabar con este estado de cosas, y entre estos intentos hemos de señalar como uno de los más afortunados y de los que al parecer ofrece más garantías de continuidad, el que

realiza el grupo «Arte y Propaganda», en Madrid, desde hace algunas semanas.

Se ha estrenado la farsa de García Lorca, «Los títeres de Cachiporra», llena de agudeza y gracia, de sabor popular en él característicos. «La cacatúa verde», de Schitzler, que ya conocíamos por las representaciones que dió de esta obra la T. E. A. Y «El Dragoncillo», de Calderón de la Barca, que conocen muchos pueblos de Castilla y por las representaciones que de ella hizo el teatro de estudiantes de las Misiones Pedagógicas.

La compañía de la Zarzuela cuenta con numerosos actores y con el apoyo entusiasta de María Teresa León, principalmente, de Alberti, de Ontañón y otros. Se piensa crear una Escuela de Arte dentro del mismo teatro. Y el público, de soldados y obreros especialmente, es un estímulo sin duda para el desarrollo de este grupo teatral que aspira a ser verdaderamente el teatro del pueblo, el teatro de los combatientes de Madrid.

Se va a estrenar en breve «El duelo», de A. Chejov, y «La tragedia optimista», de Vischniewsky, que se están ensayando cuando escribimos esta nota. Luego se ha de estrenar «Numancia», de Cervantes, en un arreglo de Rafael Alberti, y «De un momento a otro», del mismo Alberti. Un sainete, «Don Gai-feros o las busconas de Madrid», de Quiñones de Benavente. «Doña Rosita o el lenguaje de las flores», de Lorca, aun inédita en Madrid; y la revista «Madrid 1937», en la que colaborarán varios autores, que ha de ser un retrato pintoresco del Madrid castizo y bromista, bajo los horrores de la guerra.

Esperamos que el grupo «Arte y Propaganda» pueda realizar su programa, contribuyendo así decisivamente a abrir caminos más holgados a la sórdida vida de nuestro teatro actual.

S-B.

LA BARRACA

El día 29 de agosto, en los Viveros de Valencia, el grupo teatral de «La Barraca» puso en escena tres entremeses de Cervantes: *La Cueva de Salamanca*, *El Retablo de las Maravillas* y *Los dos habladores*. Viendo aquella tarde, en el ambiente veraniego del jardín y sobre los negros telones de fondo, las figurillas chocantes de los muchachos, gesticulando con los graciosos figurines de Gaya y Manuel Angeles Ortiz, deslucidos de tanto camino español y plazuela pública, oyéndoles el sabroso lenguaje y las parleras actitudes, y aquellas viejas maravillas o enredos, traídos otra vez ante nosotros con el característico encanto que les prestan además la juventud de sus intérpretes, no podíamos sino re-

cordar con una extraña angustia, al animador de esta frágil comparsa que, haciéndola posible, había llevado durante varios años a los pueblos dormidos de España y a sus ciudades, la repentina frescor de unas escenas olvidadas sobre un ligero tablado. Aquí mismo, en Valencia, le vimos a él, rodeado de esos muchachos vestidos con monos azules como de su propia alegría, dominando el bullicioso medio estudiantil con la autoridad de su gracia. Produce estupor el saberlo de tal manera muerto, y que el uniforme de sus actores haya significado después, durante varios meses, el vestido casi unánime de un pueblo en armas.

Los estudiantes de «La Barraca» supieron unirse pronto a ese clamor que pedía para la guerra todos los esfuerzos. Si hasta entonces, como en alegría, habían recorrido los caminos españoles para despertar la imaginación de nuestros aldeanos, o llegaron hasta las ciudades insensibles, lanzando un reto juvenil con su arte delicioso a las compañías de cartel con zafio repertorio y al público endomingado que las aplaudía, ahora su misión adquiere, como todo aquello que hace referencia a nuestra lucha, un carácter emocionado. Ya en Madrid, en el mes de septiembre del 36, «La Barraca» da su primera representación de guerra para la «Motorizada de Hierro». A partir de entonces actúan en el Fontalba, en el Español y en numerosos hospitales. Pero «La Barraca» no ha estado sólo en los teatros y hospitales de la retaguardia, y los soldados de la República han visto llegar hasta sus frentes de combate a la conmovedora patrulla de Cervantes, con sus refajos listados, sus golillas, sus herrueruelos y sus burlados maridos de siempre. A los dos días de nuestro triunfo sobre el fascismo italiano, he aquí a «La Barraca» en el campo vencedor de Guadalajara regocijando a los soldados leales.

Y no es menos cierto que alguna vez las balas enemigas han pasado silbando sobre ese ligero tabladillo de los entremeses.

J. G-A.

UN BUSTO DE «PASIONARIA» POR VICTORIO MACHO

La «Casa de la Cultura» expone estos días quizá una de las más importantes obras del conocido escultor Victorio Macho: la figura tan firme y noble de «Pasionaria».

Ya completamente abandonada en sus últimas obras aquella insegura estilización que produjera, entre otras cosas, la fuente de Cajal, vemos aquí, más acusada todavía que otras veces, la sombra de Julio Antonio. Sin duda, los «Bus-

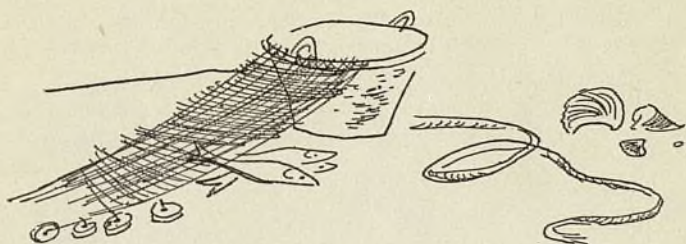
tos de la Raza» han sido muy recordados por Macho delante de Dolores, y se comprende, porque en efecto, Dolores Ibárruri es uno de esos bustos acusados y fuertes que Julio Antonio descubriera en la tierra y la luz españolas.

He dicho que Victorio Macho estuvo *delante* de Dolores, pero sabido es que no basta esa actitud para copiar la naturaleza con el profundo realismo que se pretende. El escultor, el pintor, el escritor realistas han de estar, no apaciblemente delante de las cosas, sino *frente* a ellas, es decir, en lucha con ellas. José Moreno Villa, uno de los artistas españoles que tienen más limpia personalidad, a propósito de un gran realista indudable, ha dicho estas o parecidas palabras: «Parece como si Velázquez pintara los objetos, más que por su belleza, por la resistencia que ofrecen a ser pintados.» Y sí, dueño de lo real sólo puede serlo quien luchando con lo real ha logrado vencer. Porque vencer la realidad es lo que hizo, no sólo Velázquez, sino también Fidias, y esa es la única forma de realismo que puede admitirse en arte. Lo demás ¿no debiera llamarse más bien realismo externo? Y si es cierto que ahora nos interesa tanto la realidad ¿no sería mejor para nosotros, y sobre todo para ella, para la realidad misma, buscar en lo que tiene de más hondo? Sí, no es la belleza del mundo lo que impulsa al artista, sino esa resistencia que ofrece el mundo a ser captado. Y cuanto más vivo es el objeto, la figura o el aire que se intenta apresar, más dura será la lucha que nos cueste. Por eso ante Dolores Ibárruri, ante su impresionante figura, ante su grave presencia, ante su fuerte vida se hace más necesario que nunca no ser un espectador de la realidad, sino su intenso vencedor.

R. G.

PROHIBIDA LA REPRODUCCION DE ORIGINALES SIN CONSIGNAR SU
PROCEDENCIA

V I S A D O P O R L A C E N S U R A



HORA DE ESPAÑA

R E V I S T A M E N S U A L

AVDA. PABLO IGLESIAS, 12 — VALENCIA — TELÉF. 16062

CONSEJO DE COLABORACIÓN

LEÓN FELIPE. JOSÉ MORENO
VILLA. ANGEL FERRANT. ANTO-
NIO MACHADO. JOSÉ BERGA-
MÍN. T. NAVARRO TOMÁS. RA-
FAEL ALBERTI. JOSÉ F. MON-
TESINOS. ALBERTO. RODOLFO
HALFTER. JOSÉ GAOS. DÁ-
MASO ALONSO. LUIS LACASA.

REDACCIÓN: M. ALTOLAGUIRRE. RAFAEL DIESTE.
A. SÁNCHEZ BARBUDO. J. GIL-ALBERT. RAMÓN GAYA.
A. SERRANO PLAJA. ANGEL GAOS.

SECRETARIO: *ANTONIO SANCHEZ BARBUDO*

SUSCRIPCIÓN ANUAL EN ESPAÑA Y AMÉRICA, 12 PTAS.
SUSCRIPCIÓN ANUAL EN OTROS PAISES, 18 PESETAS

EMILIO PRADOS

TRES CANTOS
EN EL
DESTIERRO

VALENCIA, 1937

Ayuntamiento de Madrid



EL CAMPO

De las tiernas colinas, los verdes olivares,
de la higuera y la juncia sobre la piel del río,
de la severa sombra de la encina y el olmo
que las montañas altas mueven bajo la luna.
De las húmedas vegas donde quieto el ganado
más feliz que los hombres, harto, su paz dormita.
Desde la caña dulce que envidian las abejas
y el calor en que crece el plátano y madura,
con mi destino acudo, subo desde mi tierra,
bajo el vuelo sereno de sus más altas aves.

Aquí vivo cantando la voz que ya me queda,
aquí vivo, y mi canto conduzco por el tiempo,
y si mi voz se nubla por tanta lejanía
que confundida al llanto luce bajo mi angustia,

sólo es dulce nostalgia de la oculta presencia
 que el azar de la guerra fugazmente me obliga.
 Pero yo sé, trigales, praderas, largos ríos
 que refrescáis la frente de mi tierra ardorosa,
 yo conozco en la guerra, lo que llamada suerte,
 al fin será tan clara como la luz del día,
 y levantando el peso que hoy en mis pies dilata,
 nuevamente a mis árboles me conduzca en sus pasos.

Aunque mucho he perdido, no llega a mi derrota,
 que más mi fe se anima si más lejano vivo;
 mas, a veces, ¡qué fuerte la llamada se escucha!
 Desbaratado el plano que enciende mis batallas,
 canto y canto vencido la prolongada ausencia.

Un año llevo andando por mis constantes sueños.
 Constantemente miro mis lejanas riberas
 y más alzo mi cuerpo por hallar mi memoria
 y romper en recuerdos la unidad que limita.

¡Mis campos!... Ahora en ellos, ya los trigos dorados,
 en las redondas eras sus montones alzaban
 y la paz que en la tierra brevemente tuvieron,
 porque en la guerra impura fué breve su dominio,
 en las trojes abiertas y en la flor de la harina
 para el hombre cantaba su conseguida aurora.

También muy pronto el tiempo se acerca, en que el ganado,
 celoso de la tierra y del don que ofrecía,
 apretando su entraña con dolor, tiernamente
 en las manos del hombre viva fruta entregaba.

¡Ayl, cuando desterrado pisaba yo los límites
de los fértiles montes que levantan mis tierras,
se agrandan las uvas bajo sus verdes pámpanos
y comenzaba el vino a mojar los lagares.

Allí quedan los campos, y el año en que me vine,
más blandamente abierto su pecho se mostraba.

¡Ayl, los grises olivos, ¿cómo darán su sombra?,
que hoy la mano que en ellos ambiciosa se para,
sin conocer sus hojas, ni su flor, ni aceituna,
ni el desnudo que el tiempo da al color del aceite,
antes que del trabajo que su brazo no rinde,
del papel extranjero se ocupa en su codicia.

Tierra, tierra perdida, como las altas nubes
siento pisar tu sombra sobre mi frente inquieta.
Yo quisiera cantarte, como aquí, diariamente
canto la luz del cielo y el hombre que la empuja.

Hoy tan sólo me quejo de haberte así perdido
y perder con tus árboles lo que a tu piel me ata:
libertad y familia, con el pan y el descanso
y el natural anhelo de la paz en tu espiga.

Te veré nuevamente volver de tus despojos
levantando hacia el cielo tus olivos quemados;
arrastrando los lentos caudales de tus ríos
por tu pecho surcado de profundas trincheras.

Volverá nuevamente el hombre a tu pupila
a gozar libremente las luces de tu aurora
y de nuevo las aves mirarán sus trabajos
y volarán serenas por las altas montañas.

Tierra, tierra lejana, cantaré nuevamente,
pero no ya este llanto que me da tu recuerdo.
Te cantaré, ya canto la luz que ahora te falta:
la luz porque padeces, hermosa Andalucía.



EL MAR

Dime tú, mar lejano, mar lento y silencioso
 que la ardorosa arena del Sur cruzas dormido,
 dime: ¿quién bajo el sueño de tus pesadas aguas
 remueve tus pescados y tus algas profundas?
 Dime: ¿qué vigorosa mano por tus estíos,
 junto a las quietas calmas que tiendes en tu orilla
 o en los cautivos cielos, que en tus cuevas más hondas
 su transparencia ofrecen y verdor a los ojos,
 por las oscuras grietas busca conocedora:
 la centolla que enredas con las marinas flores,
 el molusco jugoso que sabiamente oculta
 su color con la piedra, o el pulpo resbaloso?

Yo no sé, mar lejano, si aún tus tranquilas costas,
 sienten sobre su espalda las pisadas del hombre;
 si aún tus barcas varadas te hieren con sus quillas
 o se alejan medrosas huyendo de la muerte.

Los brazos que hoy se mueven bajo tus claras ondas
desconocen tus bancos y profundas corrientes;
confunden las riquezas de tu fecunda entraña,
te pisan como a tierra, sin comprender tu hondura.

Cuando las fuertes redes sobre ti se tendían
y más firmes los remos te apretaban las aguas,
porque el pulso del hombre más libre se sentía,
tu espuma cuidadosa, mirando el nuevo dueño,
a la pesca abundante sus barcos entregaba.

¡Cuánto tesoro vivo! ¡Cuánta luz por el suelo!
En los espesos nudos de la red, oprimidos,
con sus ojos redondos taladrando las mallas,
los dentones rosados, con las doradas breas,
el calamar sabroso y los pardos lenguados,
junto con las estrellas y el erizo espinoso,
que tan sólo su ornato al pescador ofrecen,
con las vencidas algas y el boquerón, mezclados,
entraban por la arena a ser paz de otra vida.

Lentamente los corchos señalaban los fines
y más cerca las levas a la maroma atadas,
ajustaban el tiempo con los pasos del hombre,
que bajo el sol y el viento su trabajo rendía.

¡Cuántas veces sus ojos antes de hundir las redes
viendo sólo el reflejo o el caminar del agua
o el color de las nubes o el vuelo de las aves,
el fin de sus esfuerzos adivinar sabían.

Ahora, tierra hacia adentro, como la gaviota
que envuelta entre sus truenos la tempestad ahuyenta;
no medroso, rebelde, contra la injusta fuerza
que temerariamente lo alejó de sus playas,
el ancho pie desnudo del pescador se posa
y en la guerra se mete seguro de sus guías.

Pero, lejano mar, yo no sé si en tus límites,
enredado en las jarcias de su olvido o el sueño,
quizás algún hermano tu dolor no ha sabido
y ahora bajo la arena se asombra con su muerte.

Yo sé que ni los pájaros habitan hoy tus cielos;
que el sabor del pescado de tus redes se aleja,
como los pescadores que, otras veces, dormidos,
frente a frente al lucero tu noche abandonaba.

Por ti rodará el viento con su soledad alta,
yo aquí vivo el destierro y en la luz de mis venas,
por mi pecho, tan vivo diariamente renaces,
que en mí mismo alimento la fuerza en que resisto:
la canción que te eleva de mi ausencia fecunda.

¡Ay lejano mar solo! mis ojos te han perdido;
pero no así la sangre, que constante te llama.
Conozco tus trabajos y el viento que te enciende:
¡cuántas veces mi cuerpo con tu paz recibiste!



LA CIUDAD

Las numerosas aguas que tu frente circundan
 hoy solamente mojan tu dolor y silencio,
 ni un reflejo tan sólo, la luz pone en tu orilla;
 ni una lágrima brota de tu oculta tristeza.

Ciudad, yo he conocido la lumbre de tus barrios;
 el fuego estremecido de tus amplios mercados;
 el rumor de tus voces junto al sabor del vino,
 el cotidiano drama de tus plazas redondas.

Junto con la fatiga que rinde en el trabajo
 y atiranta las horas del sueño y de la angustia,
 he pisado en tus calles la pasión de tu aurora
 y el amor ya despierto por conocer su dicha.

Ahora que estoy lejano, quisiera conocerte,
como dentro del árbol ya conoce la savia
el fruto porque enciende la flor de su destino:
así quiere mi sangre conocer tu victoria.

Cuando vine, dejando tan necesariamente,
lo que nunca el olvido turbará con su sombra:
mi casa destruída, mi pan abandonado
y el ardor de la muerte ya abrasando tus venas,
¡ay!, cómo recordaba los venturosos días
que aún cercanos me daban la bondad de otra suerte:
la hermandad de tus hombres y el calor de los campos
unidos ya en su vuelo con tus veloces máquinas.

La sombra de tus muelles abiertos a la luna,
mostraban tus naranjas ya al borde del viaje,
mano a mano del plomo, con el dorado aceite,
el blanquísimo azúcar y la sal del pescado.

Tus más rápidos trenes, rodando por tus huertos,
te robaban las frutas maduras de los árboles;
desterrados, al viento los humos ascendían
de las triunfantes fábricas, a la luz, despeinados.

¡Qué batir en los élitros de tu vida profunda,
tu libertad, tan fácil, ciudad, al fin te abría!
En las fugaces horas que mis ojos te vieron,
aún dentro de la guerra, tu memoria cambiaba
y una nueva sonrisa tus labios encendían,
al ajustarse al tiempo por pronunciar tu nombre.

Hoy yo sé que enmudeces sin tránsito perdida
bajo el dolor oscuro de tu triste abandono.
Desiertos tus hogares, arrancadas sus puertas,
al silencio te clavan con soledad de tumba.

Se aprietan en tus sienes tus altas chimeneas,
levantando su olvido por coronar tu muerte.
Desuncido el caballo junto al carro dormita.
Ni una voz se levanta, ni una brizna en el viento.

El motor ya no gira su fecundo engranaje
y la harina parada se ennegrece en la piedra.
En los atardeceres, el farol, sin oficio,
paso a paso en la sombra busca refugio al tedio.

Ciudad: ¿Qué mundo habitas? ¿En qué cielo padeces?
¿Sin pulsos y sin pájaros de tu suerte te olvidas?
Mira, yo bien conozco las alas del futuro
que sobre ti se cierne prometedor y hermoso.

No busques en tu espalda, que el haberte perdido
quizás más fuertemente haga nacer tu gloria:
roja flor da el granado y al perderse sus pétalos,
crece el fruto jugoso que hace curvar la rama.

Pero acaso yo canto y en mi canto me olvido.
¿Sonámbula de angustia ni aún el llanto te mueve?
No, que el tiempo ha pasado y al pisar en tus ojos
levanta tu bandera rebelde de su entraña.

¡Gloria, gloria a ese fuego que en tu sangre se viste!
¡Ciudad, ciudad, espera, que mi canto se nubla!

EMILIO PRADOS.

Valencia, agosto 1937.

1 peseta.